

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2020, **Ana Coello**

© 2022, de esta edición: Nova Casa Editorial

Edición

Juana Restrepo Díaz

Diseño de cubierta

Ana Coello en colaboración con Mariana Coello

Maquetación

Paula Andrea Gutiérrez R.

Fotografía de cubierta

CanStockPhoto

Impresión

PodiPrint

Primera edición: septiembre de 2020

Segunda edición: septiembre de 2022

Depósito Legal: B 11398-2022

ISBN: 978-84-1127-410-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

ANA COELLO

DETESTABLE

error



Nova Casa | *Zelá*

A Coemas

*“La mayoría de nuestras equivocaciones en la vida,
nacen porque cuando debemos pensar, sentimos,
y cuando debemos sentir, pensamos.”*

JOHN CHURTON C.
Crítico literario inglés

1

Antonio hervía de rabia, de humillación. Jamás, nunca alguien se había burlado de esa forma de él y tenía que ser ella; Glía. No podía ser, esa joven era dulce, inocente, hermosa, no podía estar coludida con esa clase de hombres.

Aventó los papeles sobre su escritorio, furioso, desilusionado. Se acercó a la ventana de la oficina. Se encontraba en el último piso de una gran torre de la cual era dueño. Tener dinero hasta ese momento jamás le dio felicidad; sí comodidades, poder, facilidades, pero nunca felicidad.

Apoyó su brazo sobre el grueso vidrio recordando...

Su mujer, Lidia... Su hijo... Aquel fatídico accidente. No escatimó en gastos, al contrario, puso, como debía, a disposición de los médicos su fortuna si eso lograba salvarlos. No fue suficiente. Los dos sufrían de heridas internas muy graves y una semana después de que ese tráiler los hubiese arrollado, murieron.

Sintió el ya tan familiar nudo en la garganta. Fue feliz de esa forma serena, tranquila. Lidia era la mujer que eligió para compartir su vida desde joven y hacía ocho años lo formalizaron, no obstante, hacía cinco el destino acabó con ese

mundo de calma, de sosiego. Ahora, a sus treinta y tres años, se sentía de ochenta.

Su mundo colapsó en aquella época, con aquella enorme pérdida y sin saber cómo, logró salir adelante. Era fuerte, decidido, exigente y contaba con un aplomo envidiable que lo sacó de aquel agujero.

Aun así, su interior permaneció detenido, en pausa. Salía, llevaba una vida normal, o lo más normal posible. Una mujer esporádicamente, nada de ataduras, nada serio. Viajar, seguir produciendo dinero —lo que al parecer sí se le daba muy bien— y ver la vida pasar sin tener ni la menor necesidad de entrar de lleno en ella.

Su padre murió seis años atrás y su madre dos anteriores a su marido. Fue hijo único, tenía un par de tías, hermanas de su padre, que continuaban viviendo en Brasil, lugar donde nació, y de las cuales se hacía cargo en todos sentidos. Ellas eran lo único que le quedaba por lo que no escatimaba en nada para que se encontraran cómodas y sin preocupaciones. De lado de su madre... nadie. Fue huérfana, por lo que no tenía mucha parentela.

Decidió mudarse a México casi al terminar sus estudios. Intentó independizarse de su padre y montar su propia empresa especializada en *software* de seguridad. Con Lidia a lado lo logró. Ella nació y vivía allí, por lo que sus contactos y su apoyo fueron cruciales.

Pero su vida cambió cuando al fallecer su padre lo nombró heredero universal. Tuvo, sin remedio, que regresar a Río de Janeiro junto con su mujer e hijo menor de un año. Estar al frente de esa financiera que tenía cedes en casi todo el mundo occidental, no era tarea sencilla. La relación con Lidia comenzó a deteriorarse, a alejarse, no pudo ver los primeros pasos de su hijo, Romano. No estuvo presente en su primera palabra, ni

tampoco en ninguna de las subsecuentes. A veces transcurrían días y no lo veía, llegaba y él ya estaba dormido y cuando se iba por la mañana el pequeño aún no despertaba.

Su esposa intentó apoyarlo a pesar de su carácter rígido e inflexible, pero su mirada solía ser de reproche y dolor, mucho dolor. Esa no era la vida que planearon, ni imaginaron. Todo se salió de sus manos sin que pudiera detenerlo. Intentó hacerla entender que sería temporal, que no sería eterno, que no podía dejar todo a la deriva. Ella no lo aceptó, él lo sabía, la conocía lo suficiente como para comprender que su mujer prefería que vendiese todo y regresaran a México a seguir como solían. Sin embargo, algo en su interior no se lo permitía.

La relación con su padre siempre fue maravillosa y en algún momento de su adolescencia le juró que seguiría con ese negocio que perteneció a su familia por más de seis generaciones. No podía fallarle, no después de que se hubiera ido tan lejos para hacer exactamente lo contrario cuando era más joven. Inmerso en miles de pendientes y reuniones, recibió la llamada donde le avisaban de aquella desgracia, la llamada que volvía a cambiar su vida. Después todo fue muy rápido; estaba en Brasil, sin sus padres, al mando de un gran emporio que absorbía su vida y su mente, viudo y sin lo que más amó en su vida: su hijo.

Se aferró al trabajo como a un clavo ardiente. Se ganó la confianza de todos los accionistas, logró hacer crecer, aun a la distancia, su negocio en México e hizo que la financiera lo absorbiera como parte del grupo de empresas que ya tenían bajo su resguardo.

Ese país le traía recuerdos maravillosos y difíciles. No permanecía ahí por más de dos o tres días a lo largo de esos años. Lo vivido lo carcomía, pero con el tiempo logró entumir el dolor, hacerlo a un lado y emergió a aquel hombre implacable e insensible.

No se aferraba a nada, ni tampoco se involucraba demasiado. Era un gran partido para muchas mujeres que se hallaban en busca de fortuna, no obstante, desde el primer momento, él era claro, por lo que nadie podía acusarlo de falsas expectativas, de promesas rotas. No volvería a casarse, no volvería a amar, estaba convencido de que no era el ser ideal para esos sentimientos. Ya había perdido a demasiadas personas en su vida que partieron decepcionados por su proceder. No volvería a hacerlo, no lo permitiría nunca más.

Sin embargo, algo había cambiado dentro de él aquella tarde...

Se encontraba en la capital de México, como siempre, de forma fugaz. Tanta reunión lo tenía exhausto y necesitaba un momento de tranquilidad. Aquel café pintoresco en esa esquina le pareció tan buen lugar como cualquiera. Pidió que parasen ahí. Bajó dando la orden con la mirada a su par de escoltas para que permanecieran a la distancia. Entró sin fijarse mucho en los detalles, era media mañana y había bastante gente conversando animadamente.

Encontrar mesa no fue problema a pesar de eso, nadie le negaba nada. Primero; por su físico atractivo, impresionante y amenazante. Luego; porque tenía la cualidad de saber sacar provecho de su don de negociación dejando desconcertada a cualquier mujer que se cruzase por su camino.

Una chica de no más de veinte años le tendió el menú, sonriente. Él ni siquiera reparó en la mesera.

—Un expreso doble cortado —ordenó, serio, perdiendo su atención en el barullo del lugar.

La paciencia no era su mayor virtud y diez minutos después comenzaba a perderla. Observó el reloj molesto. ¿Por qué diablos tardaban tanto para traer un maldito café? Cuando decidió que era suficiente, se puso de pie resuelto a salir del lugar sin

más. Al hacerlo, una maraña de cabello rojo obstaculizó su vista. Tropezó, enseguida sintió que se quemaba el pecho y su pierna.

—¡Qué diablos! —bufó haciéndose hacia atrás y observando su traje de corte italiano arruinado. Tenía una reunión en una hora. El ruido en el lugar dejó de escucharse de repente. Elevó la vista, listo para atacar, cuando la vio.

Estaba asustada, tenía unos asombrosos ojos verdes con pestañas oscuras bien rizadas, la maraña de cabello rojo de inmediato supo de dónde provenía. Esa chica con rostro pálido, ojos enormes y boca sonrosada estaba frente a él sosteniendo la taza vacía. La joven arrugó la frente pestañeando desconcertada.

—Lo siento... Usted se levantó justo cuando... —Poseía una voz dulce, acarició sus sentidos como si lo hubiese literalmente tocado. Sacudió la cabeza, aturdido. ¡Esa joven le tiró el café encima y se atrevía a echarle la culpa!

—¿Intentas decirme que yo fui el responsable de tu falta de atención por levantarme después de quince minutos que llevo esperando esa maldita taza de café? —Los ojos de la joven chispearon avalando lo que acababa de expresar, pero enseguida bajó la vista arrepentida.

—No quise decir eso, señor. Lo siento. —Antonio frunció el ceño desconcertado por su cambio de actitud, hubiera jurado que algo le reviraría. De repente su cabello eclipsó su atención. Lo tenía largo, muy por debajo de los hombros, con rizos suaves y grandes, de color caoba rojizo y caía desordenado, mas no descuidado, a los lados. Unas ganas, hasta ese momento desconocidas, le urgieron a enredar sus manos bajo esa maraña y comprobar su suavidad. Hermoso.

—¿Qué pasó, Glía? —preguntó una mujer mayor de gesto amable. Lucía preocupada, no molesta. Su empleada la miró arrepentida sin saber qué responder. Giró hacia ese impresionante hombre, confusa.

Antonio notó como Camilo, su jefe de seguridad, se acercaba. Lo detuvo elevando una ceja para que no se moviera. Odiaba vivir con gente detrás de él, pero era imposible estar sin ellos, o por lo menos eso le exigieron los accionistas; su vida valía mucho dinero y no podían arriesgarse a que algo le sucediera. No tuvo otro remedio salvo acceder. Sin embargo, no los quería cerca y tenía instrucciones de parecer invisibles ante los ojos de los demás. Camilo logró entender sus peticiones, era justo eso lo que le había dado el puesto que ostentaba y su confianza.

—Yo tropecé y... le derramé el café al señor, Margarita —aceptó Glía intentando evitar un problema. Llevaba dos años trabajando en ese lugar medio turno, esa mañana era su descanso en la papelería, por lo que pidió poder ir todo el día al Café. Le debía mucho a aquella mujer, por lo que intentaba ayudarla y hacer todo muy bien, a la perfección si era posible. La realidad era que jamás le había ocurrido algo así, pero ese hombre parecía que armaría un gran lío y no reconocería su error, así que se tragó el orgullo echándose la culpa sin el más mínimo tinte de arrepentimiento.

Antonio lo notó enseguida, los ojos de esa chica eran indecifrables, su boca decía una cosa y su mirada otra, era evidente que seguía creyendo que él era el responsable de lo que pasó. Eso casi lo hace reír. Nadie, nunca, se atrevería a comportarse de aquel modo, le gustó.

—Eso es mentira... Usted me acaba de hacer ver que fui yo quien se levantó sin fijarse, así que el responsable de esto soy yo —zanjó serio y enarcando una ceja retadora hacia Glía. Ella lo evaluó desconcertada, no entendía su juego. Pestañeó unos segundos sin saber qué decir. Él sonrió internamente, divertido por la situación.

—No hace falta que diga eso, yo se lo derramé encima, le debo una disculpa —refutó.

—¿Está diciendo que miento? —quiso saber Antonio simulando indignación.

—No, no, en lo absoluto, pero... — el hombre arrugó la frente de forma jovial.

—No se preocupe... —giró el empresario hacia Margarita—. Quedé arruinado para una próxima reunión, tendré algunos problemas por mi impuntualidad ya que debo ir a cambiarme, pero no pasa nada... fue mi responsabilidad —determinó. Glía entornó los ojos. Estaba acostumbrada a que le coque-tearan, le insinuaran cosas tiernas u obscenas todo el tiempo, jamás que alguien se comportara de ese modo y la desafiara tan abiertamente.

—No, señor, sinceramente lo sentimos mucho, ¿verdad, Glía? Le daremos uno gratis para llevar. Una disculpa. —Margarita parecía nerviosa—. Limpia eso, Glía, por favor, y ofrécele algo más al señor para compensar este desafortunado accidente —le ordenó desapareciendo.

—¿Se le ofrece algo más? —preguntó automáticamente, un tanto divertida por el extraño embrollo. Comenzó a limpiar la silla y la mesa con un trapo amarillo que sacó de dentro del mandil.

—Sí. —La joven lo miró dejando de lado su labor. Ya estaba sentado en otra silla, que en comparación con su tamaño se veía diminuta y ridícula. La observaba fijamente. Glía sintió una descarga de electricidad y la boca seca, se puso nerviosa enseguida. Ese hombre era impresionante; ojo gris, moreno, alto, un cuerpo grande bien torneado, cabello oscuro lacio y perfectamente peinado hacia atrás, pero se adivinaba suave y no muy corto. Sus facciones eran toscas y a la vez perfectamente simétricas logrando hacer en conjunto un hombre varonil y absolutamente atractivo—. Me gustaría saber qué piensas de verdad.

—No lo entiendo —balbuceó con las palmas sudorosas. Antonio la estudió extasiado. Era hermosa, mucho. Pero lo que leía dentro de esos estanques verdes lo atraía más, esa mezcla de docilidad e indomabilidad le fascinó. Glía, como supo se llamaba, le parecía una criatura bastante extraña.

—¿No? Yo creo que sí. Tú crees que yo tuve la culpa y yo que tú la tuviste. —Glía abrió la boca irguiéndose.

—¿Y eso importa?

—Sí en realidad... —jugó Antonio.

—¿Por qué? —quiso saber desconcertada. Ese hombre la asustaba y atraía en la misma proporción.

—Porque este incidente me hará perder mucho dinero.

—Yo, bueno... No sé qué decirle... —musitó Glía con las mejillas completamente encendidas

—Solo contesta, ¿me culpas o te culpas? —presionó entretenido. Ella abrió la boca varias veces y volvió a cerrarla enseguida. No tenía por qué temerle, reflexionó la joven, ni siquiera lo conocía, así que decidió ser objetiva. Se cruzó de brazos y lo evaluó seria.

—Creo que ambas —declaró serena. Esa respuesta no era la que esperaba.

—¿Ambas?

—Sí, acepto que debí notar que se ponía de pie, pero usted también debe aceptar que no se fijó al levantarse. —Antonio torció la boca a punto de la carcajada. Esa chica era divertida y ocurrente.

—Eres aguda... De acuerdo. De todas formas tu parte de culpa me va a costar mucho.

—Por esa parte de culpa le ofrezco una disculpa —recalcó divertida por el intercambio de palabras. Ese hombre tenía algo que la llamaba. Antonio suspiró y recargó los codos en la mesa.

—Creo que no es suficiente —anunció con determinación, inescrutable.

—¿No?

—No, pero hagamos algo... ¿Glía? —Ella asintió con la mirada expectante.

—Yo me iré sin hacer aspavientos, pero tú cenarás hoy conmigo —atajó. La joven abrió los ojos atónita.

—¿Cenar? ¿Con usted? —Parecía perpleja. Él asintió con firmeza.

—Creo que así podremos tener mayor oportunidad para poder discutir este desafortunado incidente desde todos los ángulos posibles... y te prometo que si yo resulto ser el responsable, lo asumiré como un adulto. —La pelirroja, en respuesta, arqueó una ceja ruborizada y sonriendo.

—¿Pero si resulto ser yo? —indagó curiosa.

—Tendrás que ofrecerme una disculpa formal y asumirlo como una adulta... ¿Qué más? —Glía ojeó su alrededor, miradas curiosas se posaban sobre ambos, mientras Margarita le hacía señas desde la barra.

—Debo ir por su café —dijo de pronto.

—No lo aceptaré si no dices que sí y creo que Margarita se decepcionará un poco —le hizo ver observando amablemente hacia la mujer mayor.

—Es muy persuasivo.

—Antonio, me llamo Antonio. ¿Entonces? ¿A qué hora paso por ti? —preguntó acostumbrado a salirse con la suya.

—Hoy no puedo —declaró nerviosa.

—¿Tu novio? —dedujo él sintiendo una inexplicable pequeña punzada de celos, pero ella negó dulcemente.

—Tengo que ir a otro trabajo saliendo de aquí —explicó con suavidad. Antonio enarcó ambas cejas, asombrado.

—Es una pena... —admitió con sinceridad.

—Mañana puedo —se escuchó decir Glía de pronto. Él sonrió relajándose de nuevo.

—¿A qué hora?

—A las ocho, aquí. —Estaba completamente ruborizada. No había querido sonar tan ansiosa, lo cierto es que nunca aceptaba la invitación de nadie y menos desde que su vida se volvió tan complicada. Sin embargo, ese hombre la intrigaba y estaba harta de vivir de esa forma tan ermitaña, tan nostálgica, siempre con miedo.

—A las ocho estaré aquí, Glía. —Notar su actitud carente de malicia le provocó un deseo arrebatado de besar esos labios rosados y carnosos.

Ella fue por su café a la barra y enseguida regresó tendiéndoselo con mucho cuidado. Al tomarlo sus manos se tocaron. Ambos sintieron esa energía que brotó con ese pequeño roce. Él sacó un par de billetes de la cartera y los dejó sobre la mesa.

—No es necesario —le recordó la dulce pelirroja mientras él caminaba a la salida.

—Eso lo decidiremos mañana, ¿de acuerdo? —Ella rio asintiendo.

Al día siguiente llegó puntual. Glía no parecía haberse esmerado demasiado para verlo. Iba vestida con una falda bordada y una blusa de tirantes que hacía juego. Su cabello lo llevaba igual que el día anterior y traía un poco de brillo en los labios como algo adicional. Lo vio llegar avergonzada. Lucía cansada, notó él.

Se despidió de Margarita, cariñosa y salió apretando las manos a los costados de su cadera. Antonio portaba un traje igual de espectacular que el día anterior y la esperaba frente a un auto que debía costar una fortuna.

—Buenas noches, Glía —la saludó abriéndole la puerta. Ella dudó unos segundos, pero al verlo de nuevo, decidió que se arriesgaría. Entró acomodándose en el gran asiento de piel. Él la imitó enseguida sentándose en el lugar del conductor. El olor del interior la aturdió; piel, colonia y limpio—. No te voy a comer —dijo al notar su nerviosismo.

—Eso espero —admitió con sinceridad. Su honestidad le gustó. Estaba tensa, con las manos en su regazo y completamente ruborizada. Su actitud le pareció refrescante, perfecta.

—No hoy por lo menos —confesó relajado. La joven lo miró asustada, enseguida intentó tranquilizarse—. Hoy cenaremos y conversaremos... En eso quedamos. ¿No es cierto? —Le recordó evaluándola con deseo.

—Y en descubrir quién fue el culpable —completó perdiéndose en esos ojos asombrosos. Él sonrió asintiendo.

Cenaron en un lugar tranquilo y en lo absoluto ostentoso. No quería apabullarla, por otro lado, necesitaba un descanso de ese mundo lleno de reflectores y suntuosidad. Hablaron con fluidez sobre temas superficiales. Ella era inteligente y sagaz, aunque percibía tristeza en su mirada... preocupación constante. No debía tener más de veintidós o veintitrés años, dedujo. ¿Qué podría suceder en su vida para que tuviera esos sentimientos?

La velada fue divertida, relajada y demasiado agradable. Él se sentía motivado por primera vez en muchos años. Escucharla hablar era hipnótico, cautivador. Atendía y emitía la opinión o comentario adecuado, justo.

Cuando acabaron de cenar no era muy tarde, así que salieron del restaurante y caminaron relajados uno al lado del otro sin importarles nada más que su cercanía, lo que decían, la extraña atracción que sentían.

Antonio supo que su trabajo nocturno era eventual. Consistía en cuidar niños por la noche cuando sus padres lo requerían. Durante la mañana iba a una papelería, a mediodía acudía a aquel Café y estaba intentando concluir su carrera en pedagogía vía Internet, aunque le había confesado que era sumamente difícil y que a veces llegaba tan agotada que no le daba ánimo de más.

No tenía familia, sus padres murieron un par de años atrás por lo que tuvo que buscar trabajo y mantenerse con sus propios medios. Acababa de cumplir veintitrés años el mes anterior, así que quedó sola a los veintiuno.

No preguntó más sobre el tema. Sabía lo que dolía la muerte de los seres amados y no quería perturbarla. Sin embargo, surgió en su interior una fiera necesidad de protegerla, cuidarla y ayudarla. Obviamente no se atrevió a sugerírselo, presentía que se indignaría y lo malinterpretaría.

Recordar esas conclusiones lo encolerizaba. ¡Qué estúpido fue! Eso era lo que ella buscó desde el principio, desde el momento en que aceptó salir con él. Creyó en su mirada, en su ingenuidad, en su rubor.

¡Fue una treta, un engaño, una asquerosa mentira!

Llevaba en México más de cinco semanas, la veía casi a diario y no podía dejar de pensar en ella todo el tiempo. Era divertida, parlanchina, sonriente y lo miraba de una forma que le hacía bombear la sangre por todo el cuerpo de una manera frenética, desquiciada, desconocida. La deseaba con desesperación, pero no había intentado ir más allá porque creía que la asustaría.

Contemplando el crepúsculo evocó su segunda cita...

Fueron a ver una exposición de arte que ella sugirió tímidamente. Al final resultó un chasco y Glía se mostró avergonzada. No pudo evitar tomar su barbilla al ver la decepción en

su rostro, y la acercó lentamente a sus labios. La joven primero pensó que la animaría al ver su decepción, pero al notar que la contemplaba con deseo, comprendió lo que sucedería.

Se quedó paralizada y le permitió llevar la situación. Cuando sintió su boca sobre la de ella, cerró los ojos absorbiendo su aroma. Antonio se dio cuenta de su reacción, así que delicadamente dejó roces buscando que se relajara. Glía se acercó un poco más a él y se dejó llevar.

Besaba de una forma maravillosa, suave, exigente, paciente y apasionada. No quiso abusar, esa dulce pelirroja parecía no tener mucha experiencia en el área, cuestión que lo desconcertó teniendo en cuenta ese físico, pero que lo instó a ir despacio, a no tomar todo de un solo golpe. La seduciría, iría con calma y cuando estuviera lista la tendría... No tenía prisa. Estaba disfrutando mucho del preámbulo. Glía no sería para una noche, merecía más.

¿Cómo era posible que no hubiese sospechado nada? No era ningún adolescente confiado, ingenuo. Era un hombre curtido y experimentado. Se jactaba de reconocer la avaricia y codicia a metros de distancia. Creció rodeado de lujos así que desde temprana edad tuvo que ser sensible a todo aquello y nunca, en toda su vida, se había equivocado.

Pero las cosas no se quedarían así, decidió con resolución, asqueado por la situación. Le daría una sopa de su propio chocolate, claro que lo haría y después, no volvería a verla jamás.

Mil veces maldita. Hubiera estado dispuesto a darle todo lo que deseara, lo que anhelara, a sacarla de esa vida tan agotadora y deprimente para rodearla de lujos, de comodidades, de seguridad. Le habría mostrado el mundo, enseñado a gozarlo, a disfrutarlo, la hubiera apresado en su cama hasta hacerla desfallecer, para después volver a hacerlo.

No la amaba, eso era algo que no se volvería a permitir, pero la deseaba y le encantaba estar con ella. Su presencia lo relajaba, lo hacía sentir más joven, más ligero. ¡Qué bien jugó su juego!

Era una chica astuta, de eso no había duda. Menos mal que Camilo insistió en indagar sobre su vida cuando comenzó a frecuentarla. Él aceptó en aquel momento confiando de que no encontraría nada que fuera lo suficientemente terrible como para que la alejase de su lado. Error.

Glía era producto de un matrimonio como cualquier otro. Tenía una hermana un año mayor, de la cual, no se sabía nada. Sus padres murieron cuando su casa, por un corto circuito, se incendió. En aquellas fechas esos hombres ya rondaban por ahí, al parecer eran amigos de su padre y se dedicaban a hacer negocios clandestinos con él. Glía se quedó sola y se apoyó en uno de ellos ya que con frecuencia se le veía a su alrededor. Camilo, ya no le interesaba cómo, logró averiguar que esos hombres, las últimas semanas, habían estado muy cerca de ella, la visitaban y buscaban, de hecho existían fotos que daban a entender que entre esa joven, que creía ingenua, y uno de ellos, había algo más. Todo indicaba que ella debía conquistarlo para sacarle una cantidad considerable de dinero o varias pequeñas, y todo demostraba que no era la primera vez que trabajaban juntos.

Esa chica podía ir directo a la cárcel con los documentos que tenía en la mano. Y pensar que estuvo a punto de ofrecerle una mejor vida.

Tomó su saco y salió furioso. La farsa terminaría.

2

G lía sentía las palmas húmedas como cada vez que se acercaba la hora de verlo. Ese día salió a las siete, por lo que apenas si tuvo oportunidad de llegar a su minúsculo apartamento y darse una ducha.

No haría lo que le pidieron, no podía. Antonio la trataba de una forma maravillosa y despertaba en ella cosas que no creyó que existieran. Desde que esos hombres entraron a su vida ya nada fue como antes. Ana los atrajo cuando desapareció. Sus padres y ella sabían que el último año se había metido en malos pasos, hacía trabajos sucios para ellos, era adicta y alcohólica, pero lo que jamás creyeron, era que les hubiese robado.

Ana, siempre Ana. La sociable, la mayor, la bonita, por la que se debía hacer cualquier sacrificio para que estuviese bien, contenta. No la odiaba, jamás podría, pero desde siempre estuvo a su sombra. A su lado nunca pudo brillar. Ana eclipsaba la atención de sus padres de esa forma en la que ella a su lado se veía ridícula, tonta y muy ingenua. Ana tenía carisma, era sonriente y muy hermosa.

Si bien eran muy parecidas, ella tenía los rasgos aún más delicados, más simétricos. Todo embonaba en su apariencia de

una forma perfecta. Su cabello rojo, igual al de ella y su padre, lo mantenía impecable, brillante. Glía en comparación siempre fue insignificante, despistada, intelectual, reservada y más descuidada. Mientras Ana se vestía con lo último de la moda, Glía se sentía cómoda con *jeans* o una falda y blusas de cualquier tipo, su cabello siempre lo llevaba suelto y no le dedicaba mucha atención, adoraba meterse en sus libros y lecturas de la escuela, mientras que Ana solía necesitar demasiado incentivo para poder siquiera pasar de año.

El favoritismo de sus padres por su hermana mayor era evidente; Ana siempre necesitaba algo... Era delicada, aprendía lentamente, era demasiado hermosa, no podía andar por ahí sin más, había que llevarla, recogerla, en fin. Así fue como Glía aprendió con el tiempo a no intentar competir y a quererla a su manera. Sin embargo, nunca, a pesar de la poca diferencia de edades, mantuvieron una verdadera relación de amistad y camaradería como era de esperarse de dos chicas que incluso fueron toda la secundaria y bachillerato en el mismo grado.

Siempre recordaría muy bien el día en que tocaron a la puerta de su pequeña casa en una colonia como cualquier otra, pero en la que creció, aquellos hombres. Glía abrió, su madre se encontraba en la cocina y su padre estaba arreglando unos asuntos contables en la computadora. Cuatro tipos bien vestidos se anunciaron educadamente diciendo que conocían el paradero de Ana. Ella no dudó y abrió ansiosa. La vida en casa desde que desapareció era agonizante, horrible, sus padres no volvieron a sonreír, y menos que antes le hacían caso. Los hombres entraron sin esperar invitación observándola con evidente amenaza logrando que sintiera un escalofrío molesto recorrer su menudo cuerpo.

Uno de ellos, Gregorio, en cuando reparó en su presencia, sus pupilas se dilataron, la escrutó lascivamente, con lujuria

en cada una de sus facciones asquerosas. Sin más la acercó a él pegándola a su cuerpo.

—¿Así que tú eres Glía? —masculló de manera grotesca. La joven intentó zafarse mientras los otros reían.

—¡Suéltela! —ordenó su padre autoritario. El aludido enseñó obediencia, serio. Glía giró y se dio cuenta de que el hombre que le dio la vida tenía un arma en la mano derecha. Su corazón se detuvo—. Ve con tu madre... Yo me haré cargo y no salgan de ahí —le advirtió autoritario.

—Pero, papá.

—¡Ahora, Glía! —Obedeció y corrió el pequeño trecho hacia allá. Cerró la puerta abatible y alertó a su mamá. Ambas pegaron la oreja, escucharon sin dificultad: Ana les debía mucho dinero y si no pagaban en un lapso de tres meses los matarían. Los ojos de Glía se anegaron. ¿Cómo era posible que hubiera hecho algo así, que su hermana ejemplar se hubiese convertido en eso? Lo tenía todo.

Las siguientes semanas fueron una pesadilla. Los seguían, llegaban de repente, los presionaban fingiendo ser amigos de la familia. Cuando se cumplió el plazo, evidentemente no tenían el dinero, ni siquiera vendiendo la hipoteca de la casa pagaban una mínima parte de lo que pedían. No parecieron molestos, aun así, su padre habló con ellos en otro sitio y al regresar, ya era otro. Glía comprendió que algo terrible ocurrió, pero era impensable preguntarle “qué”, pues se ponía furioso si lo mencionaban.

Los meses pasaron aún más espantosos, la situación era insostenible, por lo que tuvo que buscar trabajo de tiempo completo ya que el medio tiempo no alcanzaba en la casa. Su mamá empezó a hacer pasteles para vender y su padre comenzó a alcoholizarse un día sí y el otro también. Su madre sufría al verlo así, él era su todo y nunca, en toda su vida, vio ni un poco de

indiferencia de él hacia ella. Se amaban. Pero al parecer ese sentimiento estaba opacado por algo mucho más fuerte.

Ana no aparecía, si Glía no llevaba comida no comían, su madre sacaba muy poco de sus pasteles y no sabía hacer algo más mientras el señor permanecía encerrado en la recámara de su hermana sin abrirle a nadie con una botella de tequila en la mano.

Varias semanas después de todo aquello, Glía se encontraba en la cafetería, donde recién entró, cuando su casa se incendió. El dolor de perder a sus padres y al mismo tiempo, no pudo comprender cómo no la desquició, pero con la ayuda de Margarita y Azucena, su mejor amiga, logró salir adelante.

De un día para otro no tenía familia, techo, nada. El banco tomó la casa, hacía meses que no se efectuaban los pagos; se debía luz, agua, teléfono. Ella no podría absorber todo eso, no tenía ni siquiera para vivir. Deprimida y completamente perdida pasó una semana en la casa de Azucena, pero ella no vivía sola, tenía un novio que no le gustaba compartir su espacio. Así que Margarita le ofreció quedarse en un cuartito en la parte trasera del negocio en lo que encontraba algo. Ahí vivió más de dos meses, hasta que por fin Azucena le dijo que vio ese diminuto lugar donde ahora residía.

Entre ella y Margarita le consiguieron ropa y la abastecieron de lo elemental mientras Glía intentaba solucionar su nueva situación. Al principio lo único que tuvo era un colchón apollillado que consiguió su amiga. El lugar era más pequeño que una cabeza de alfiler, pero eso no le importaba, era un techo sobre ella y por lo menos tenía dónde dormir. Pasó noches enteras llorando y preguntándose qué sucedería, qué sería de su hermana, ¿si sus padres habían sufrido mucho?, ¿si de verdad fue un accidente? Miles de cuestiones sin respuesta. Trabajó mucho para lograr tener luz, gas y algunas cosas elementales para vivir.

Al poco tiempo que logró establecerse en aquel deteriorado lugar tan alejado de su antigua vida y sus trabajos, y cuando al fin sentía que el dolor dejaba de entumirla, Gregorio apareció.

La esperaba cerca del lugar donde aguardar el autobús que solía tomar para ir a su siguiente trabajo. La sujetó por la cintura con mucha familiaridad y la arrastró hasta un sitio solitario, cuestión sencilla a las nueve de la noche. La besó violentamente mientras ella luchaba por hacerlo a un lado.

—De verdad debería tenerte para mi propio entretenimiento, no tienes nada que ver con esa zorra. —Glía dejó de forcejear dándose cuenta de que se refería Ana.

—Sabe... Sabe dónde está. ¿Cierto? —comprendió, atónita. La sonrisa torcida de ese hombre la hacía temblar. Era alto, rubio, de ojos azules, bien parecido. Pero lo único que le despertaba era repulsión y miedo.

—¿Por qué habría de saberlo? —refutó apretándola más, su mirada era repugnante pues no escondía lo que la joven le despertaba. Glía lo intentó apartar de nuevo—. Deja de luchar, pequeña. Si quisiera que fueras mía, créeme, no sería aquí, ni así... Además tú puedes serme de mayor utilidad.

—¡Cerdo! —escupió en un arranque de estupidez. El hombre volvió a besarla, esta vez le hirió el labio. Cuando la separó la miró amenazante. Glía se quedó lívida.

—Si sigues con esa actitud también podrías perder a tu amiga o a esa mujercita de la cafetería que tanto quieres —la amenazó. La joven abrió los ojos, asustada, sintiendo que la sangre se detenía—. Sí, sé qué haces, a dónde vas, con quién... Todo. Aunque la verdad es que tu vida es aburridísima. Si estuvieras conmigo no tendrías que vivir así... Pareces una monja, pequeña.

—¿Q—qué... quiere decir con... “también”? —preguntó con voz temblorosa captando solo esa palabra de todo lo que acababa de decirle.

—Dios, eres inocente. Tus padres, pequeña, tus padres. — Las arcadas la sometieron, Gregorio enseguida la soltó. Devolvió todo sintiéndose enferma. No, eso no era posible. Lloró interiormente llena de rabia, de impotencia—. Tú estás a nuestra disposición o morirás de una forma muy diferente, mi pequeña Glía.

—¿P—por qué? —rogó saber muerta de miedo y con lágrimas en los ojos.

—Eres hermosa... muchísimo y tengo el presentimiento de que algún día nos servirás... Serás tú quien nos devuelva todo lo que la estúpida de tu hermana nos hizo perder al juntarse con aquel imbecil. —Glía no pudo creer lo que escuchaba. Ana, siempre Ana.

Hacía más de un año de ese asqueroso y horrible encuentro, no sabía nada de ellos desde entonces.

Al principio salía con miedo, mirando con paranoia para todos lados. Recuperarse de aquella noticia le llevó semanas. Al final se lo confesó a Margarita, no podía con eso... Además, creía que lo mejor era renunciar por el bien de aquella mujer viuda que tan buena era con ella. Su jefa la tranquilizó y le pidió que se serenara y los denunciara. Glía se negó muerta de miedo. La mujer lo entendió, pero le pidió que no hiciera caso, que si volían a aparecer le avisara y pensarían entre las dos lo que hacer.

Al ver que los meses pasaban el miedo comenzó a disminuir. Su vida era demasiado atareada como para pensar en eso todo el día. Sin embargo, el dolor y odio permanecían en su pecho. No salía con nadie, no tenía ni tiempo ni dinero para divertirse. Las cuentas llegaban cada mes y ella ganaba lo justo. Por otro lado, estaban sus estudios, su esperanza para una vida mejor. Los terminaría, sería maestra doble turno y se sentiría satisfecha haciendo lo que más le gustaba; estar con niños y enseñar, en-

tonces, solo entonces... probablemente le diera vuelta a la hoja y lograría, no sin mucho esfuerzo, olvidarlo todo.

Su vida era plana, carente de emociones hasta que él llegó. Algo desconocido hasta ese momento despertó. A su lado se sentía segura, libre, deseosa y con ganas de sonreír. Antonio era mágico, asombroso. La escuchaba como si de verdad dijera cosas interesantes, la veía de una forma en la que el deseo y aceptación se reflejaban. La trataba con delicadeza y ternura. Cuando la besaba, ¡Dios! Era indescriptible lo que le hacía sentir, nada comparado con su novio de secundaria, o los asquerosos besos de ese tipo repugnante.

Antonio era sutil, suave, su aliento le acariciaba la piel de una forma suave, maravillosa. Era educado, sensible a pesar de tener ese aspecto duro, implacable. Con ella era protector, atento, cariñoso. Parecía divertirse y disfrutar mucho de su presencia. Todo aquello no tenía explicación. Alguien como él, fijándose en alguien como ella... Absurdo.

Era evidente que se trataba de un hombre importante, con dinero, con una educación impecable y ella... ella tenía una historia no muy grata, ni interesante. Vivía al día y ni siquiera lograba terminar aún una carrera y al paso que iba eso iba a tardar, pero a él parecía no importarle, al contrario, la miraba con admiración, con respeto.

Pero todo a su alrededor siempre se desmoronaba. Se dejó llevar de una forma estúpida y egoísta, ahora Antonio también estaba en peligro y no se lo merecía, a él no permitiría que le hiciera nada.

No. No podía hacerlo, no quería.

Se sentó en la cama, completamente turbada. No tardaría en llegar y aunque se sentía excitada y emocionada como siempre, no lo arrastraría a lo que era su vida. Tenía miedo de lo que esos hombres eran capaces, si intentaban hacerle algo ella no se

lo perdonaría jamás. Tenía que pedirle que se alejara, que no volvieran a verse. Pero la pura idea la quemaba, la consumía. En algún momento, en medio de todas esas noches, de todas esas salidas, se enamoró de él.

Reconocerlo no le costó trabajo. Nunca sintió nada ni un poco cercano por algún chico, pero si lo lastimaban, si lo secuestraban, si... lo mataban. No y mil veces no, no le tocarían ni un solo cabello. Algo debía hacer para deshacerse de esos hombres, para poder tener una vida normal. Al paso que iba no podría ser feliz nunca y mucho menos tendría paz.

El timbre sonó. Había llorado bastante, sus ojos estaban aún enrojecidos y un poco hinchados. Respiró hondo buscando tranquilizarse. Hasta ahí llegaba su sueño, ese era el fin de su cortísima historia de amor. Se arregló lo mejor que pudo el rostro y cabello, caminando nerviosa hacia la puerta.

Abrió intentando parecer serena, tranquila. Al verlo no pudo impedir flaquear. Iba, como solía, impecablemente vestido. No podía evitar darse cuenta de lo mucho que desentonaba con ese lugar.

El día que la llevó por la noche, en aquella primera cita, Antonio no logró, por uno segundos, esconder su asombro. No tenía ni idea de qué pensó, pero eso evidentemente no. Pintura corroída, barrotes oxidados, pedazos de pasto que no habían visto una tijera en meses o años, esa era la fachada. Ella vivía en el segundo piso, entrar a la torre era tan fácil como empujar el pequeño cancel desgastado por los años y subir dos bloques de escaleras hasta llegar a lo que llamaba "casa".

—Hola —saludó tímida y sonriente como siempre. El hombre la observó serio. Era tan buena actriz que aún en ese momento dudaba de lo que Camilo averiguó. Su mirada estaba algo turbia, parecía que había llorado, la vulnerabilidad que

proyectaba casi logra doblegarlo. Enseguida pensó que era parte de la pantomima. No caería, ella era una advenediza, una oportunista y él no era un estúpido—. ¿Quieres pasar? —le preguntó como usualmente lo hacía, recibiendo siempre una negativa tierna, para enseguida tomarla de la mano y salir de ese horrible sitio y conocer a su lado lugares que la maravillaban, los cuales él opacaba con su sola presencia. Sin embargo, esta vez le tomó la palabra y sin decir nada, entró.

El apartamento era más pequeño de lo que alcanzó a ver en esas ocasiones que la recogió, ahora se daba cuenta de que en serio no debía medir más de cinco metros cuadrados. Ella retrocedió un par de pasos, ruborizada. Dios, ese tinte en sus mejillas también era un engaño, se recordó sintiendo de nuevo una embestida de furia.

Glía iba a decir algo cuando Antonio se acercó y la besó sin previo aviso.

Su actitud la tomó por sorpresa, eso no era lo que esperaba, ese beso iba a complicar aún más decirle lo que debía. No obstante, decidió dejarse llevar, sería probablemente el último y estaba segura de que jamás, nunca, alguien volvería a hacerla sentir todo aquello con un simple roce.

Antonio la sintió vacilar en sus brazos, pero esta vez ignoró la reacción e invadió su boca exigente, ansioso. Glía se pegó aún más a él sintiendo como su cuerpo despertaba, subía varios grados de temperatura, sus piernas temblaban por lo que tuvo que aferrarse a su saco con mayor fuerza.

Ese beso era diferente, Antonio estaba diferente.

La abrazó de una forma en la que no pudo evitar sentir su deseo. Eso casi la hace retroceder, pero el hombre la aferró con mayor fuerza y continuó explorando su dulce boca que le respondía ávida, deseosa. De repente, y sin que ella lo esperara, comenzó a probar su cuello, la quijada, subió ambas manos

para rodear sus tiernos pechos, apresarlos con firmeza y pasión. Glía dio un respingo al sentirlo, pero enseguida su boca volvió a tomar la suya y todo se le olvidó, se sentía al límite.

Respiraba rápidamente al igual que ella. No fue difícil encontrar la cama. Antonio la tomó en brazos, dio dos pasos y la depositó ahí. Continuó con su ataque. La deseaba, la deseaba como nunca a ninguna mujer y no se quedaría con las ganas, no siendo lo que ella era en realidad. La probaría, por supuesto que lo haría y que el infierno ardiera después.

Al dejarla sobre esa pequeña superficie la joven lo miró un tanto expectante, un tanto asustada. Volvió a besarla para no ver esos ojos que le mentían con tanta facilidad y descaro. La chica rodeó su cuello, ansiosa, desconcertada y enamorada.

Si Antonio era el primer hombre en su vida no le importaba, por lo menos ese recuerdo le dejaría, pensó al sentirlo sobre sus labios, posesivo, reclamándola.

El hombre comenzó a desvestirla sin verla a los ojos ni una sola vez y mientras lo hacía iba tocándola de una forma en la que cualquiera se hubiera sentido avergonzada, pero ella no, estaba experimentando la lujuria en su máxima expresión y deseaba... No, necesitaba vivirla por lo menos una vez en la vida y quería hacerlo a su lado. Confiaba en él como nunca en ningún hombre a pesar del poco tiempo que tenían de conocerse, por lo que se dejó llevar gimiendo ante lo que le generaba su tacto sobre la blanca piel.

Después... después ya vería. Por primera vez viviría el momento, no pensaría en las consecuencias y le entregaría todo al único ser que despertó en ella a alguien que no conocía y que definitivamente le gustaba más.

Antonio temblaba y es que no solo era deseo lo que le generaba, la ansiaba como un maldito enfermo al medicamento. Mientras se iba mostrando ante sus ojos ese cuerpo níveo, solo

sentía que en cualquier instante su mente perdería el control. Glía, con sus ojos cerrados, se abandonaba a su tacto. Apretó los dientes al verla gemir y exigir más, arqueándose delicadamente para que no se alejara. Era absolutamente perfecta; sus senos redondeados, suaves, su cadera estrecha coronado con unos rizos rojizos que se le antojaron exquisitos, unas piernas bien torneadas y largas, su piel blanca como la leche, suave. Esa mujer parecía una ninfa, un ser irreal.

Lo que temió, pasó, dejó de pensar sin remedio ante lo que ocurría, lo que había propiciado y olvidó todo lo que horas atrás lo arrastró a ese lugar. Deseaba... No, en realidad necesitaba vivir aquello para seguir respirando. Sometido por la pasión comenzó a lamer ese par de montículos rosados con esmero, con dedicación y Dios, sabían a la gloria misma, a un sueño lejano y efímero, a un amanecer delicioso. Alzó un poco los ojos para observarla, Glía lucía sorprendida y la vez excitada, con la manos sobre sus hombros, gimiendo. Sonriente y triunfal los besó, succionó, torturó mientras la escuchaba jadear y respirar agitadamente.

Un sentimiento oscuro quiso aparecer, algo teñido de traición, pero no logró llegar a su razón, tenía ese cuerpo increíble a su merced y ya no se sentía dueño de sus actos, pecaminosamente bajó una de sus manos y no se detuvo hasta tocar el punto más sensible de la mujer por la que había perdido la cabeza, estaba húmeda, más que lista. El gritó que ella profirió al sentir su mano justo en aquel lugar solo sirvió para excitarlo más si eso fuera posible. ¡Era una locura! Pero no podía ya detenerse. Glía, de alguna manera, sin que él mismo lo pudiese comprender, lo hacía sentir primitivo, un animal ansioso, deseoso.

Se desabrochó el pantalón endiosado por lo que frente a si tenía, se bajó la bragueta y los calzoncillos, se posicionó entre sus piernas, decidido. Su miembro estaba más que listo para el

combate. Tomó su delicada cadera con ambas manos apresándola, se acercó a su rostro y la besó al tiempo que la penetraba de un solo movimiento. La resistencia que ese menudo y maravilloso cuerpo opuso no la esperaba, se sentía al límite, como jamás se sintió, su interior era húmedo, ardiente, estrecho, imposiblemente estrecho. Apretó los dientes y se detuvo.

Enseguida fue consciente de que sus pequeñas manos apretaban sus hombros con fuerza, encajándole las uñas. Ella gemía adolorida, un par de lágrimas silenciosas rodaban por su mejilla y se removía con timidez bajo su peso. Despegó sus labios de esa boca tan seductora y la estudió estupefacto, respirando con dificultad, extraviado en lo que le hacía sentir, en aquello que nunca había experimentado con nadie. En un acto reflejo se hundió más para acabar con la sensación y entonces darle tiempo a acostumbrarse a su intrusión. Lo cierto es que campanas de alerta surgieron en su interior. Era virgen, ella era virgen. ¡Mierda!

—Antonio... —se quejó bajo su peso, nerviosa, apretando sus fuertes brazos, respirando con dificultad.

—Tranquila, respira, ya va a pasar, solo no luches, yo me hago cargo —susurró jadeante mientras la joven asentía nerviosa, llorosa, tomando grandes bocanadas, pero ya no moviéndose. De pronto, el cheque en el bolsillo se escurrió y cayó al lado de los suaves hombros de ella. Antonio abrió los ojos de par en par, el incidente tuvo la función de un doloroso recordatorio sobre lo recién descubierto. La herida se hizo aún más honda, el dolor y la traición, pero no podía pensar con lucidez, no estando dentro de ese delicado cuerpo. Hizo a un lado aquellos pensamientos cargados de rabia y apresó sus labios nuevamente con exigencia besándola como jamás lo había hecho con nadie y decidió hacerle solamente caso a su cuerpo, a lo mucho

que la deseaba, luego, luego le haría saber lo mucho que perdió con su juego.

Pasados unos segundos en los que la percibió más serena, se hundió nuevamente pues ya no aguantaba un segundo más, Glía se tensó otra vez pero ya sin tanta molestia, adivinó por su gesto. Carajo, era tan pequeña, tan cálida. Se dejó llevar por aquella avalancha de placer que para él era tan nueva, yendo y viniendo al compás de sus suspiros y gemidos, de sus propios gruñidos y latidos.

De repente la necesidad fue más fuerte, más abrumadora, el contacto se intensificó y él rugió satisfecho sobre esos dulces labios. La joven, atónita por la marea de sensaciones que jamás había experimentado, dejó salir un grito suave y encajó aún más las uñas en sus fuertes brazos.

Glía, un segundo después, logró abrir los ojos, sudorosa y asombrada, también desconcertada por la manera en la que se había dado todo. Sabía que la primera vez era dolorosa, lo pudo corroborar, sin embargo, eso no era lo que la hacía sentir... extraña, sino él, Antonio. No es que esperara mucho de su primera vez, pero tampoco algo tan... instintivo. No hubo ternura, ni palabras dulces como solía emplear y justo en ese momento que se enfrentó con sus ojos vio algo que la terminó de desequilibrar, en realidad de aterrar, su iris gris se clavaban en los suyos con... odio. Dejó de respirar, asustada.

En cuanto Antonio sintió que el pensamiento comenzaba a liberarse de esa decadencia placentera que le nubló la claridad, se separó rabioso, asqueado, como si hubiese tocado lo más abominable del mundo, como si quisiera solo huir de ella. La joven lo observaba silenciosa, con las mejillas coloradas, pero con esos ojos verdes turbios, asustados incluso. Dio una rápida ojeada a su bellissimo cuerpo desnudo bajo el suyo, apretó la quijada, tenso.

De repente un sentimiento incómodo atravesó su mente que ya había recobrado la lucidez, uno que se sentía como culpa. Dudó, pero vio de nuevo el cheque, lo apresó entre sus manos de un movimiento e hizo a un lado con muchísimo esfuerzo la sensación que lo taladraba, repitiéndose una y otra vez que después de todo si no hubiese sido él, sería cualquier otro, ¿no es cierto? Se levantó con agilidad, se acomodó la ropa de prisa, apretó los puños, contenido. Si no se iba de una maldita vez sabía muy bien lo que haría; la abrazaría y le pediría perdón por no haber sido dulce, más paciente.

Respirando como una locomotora, sintiéndose tan sucio como lo era ella, le aventó el trozo de papel con desprecio. Ella retrocedió un poco, temblando, desconcertada, dolida, no lo reconocía.

—Creo que no vales tanto, pero debes saber que hubiera estado dispuesto a darte mucho más si hubieras sido sincera —murmuró contenido. Glía vio el pequeño papelito que estaba sobre sus cobijas sin comprender por qué le hablaba de esa manera, por qué la miraba de esa escalofriante forma. Buscó erguirse pues aún permanecía tendida sobre la cama, anonadada. Antonio la escrutaba con odio, con repulsión. Su corazón se heló enseguida.

—¿Por qué... me dices eso? —preguntó con voz temblorosa. Antonio hizo acopio de toda su voluntad para no tomarla entre sus brazos y... consolarla. ¡Carajo! Es que era realmente buena en lo que hacía, parecía sincera, sus labios aún estaban hinchados por los besos exigentes, su piel estaba perlada de sudor y sus ojos parecían dos estanques desconcertados. Apretó de nuevo los puños.

—Lo sabes muy bien, dile a tu “amigo”, que eso es lo máximo que me lograrán sacar y te lo advierto, Glía, si te cruzas por mi camino, aunque sea por equivocación, sabrás de lo que soy

capaz, no tienes una idea de lo que el dinero puede lograr y la repulsión que siento por ti más —la amenazó con furia impresa en cada una de sus palabras. La joven lo observó horrorizada, su corazón se rompía en miles de pedazos.

—Yo pensé... —intentó comenzar, pero comprender que él la odiaba, que la utilizó, la quemaba, además, ¿a qué amigo se refería?... Gregorio, dedujo de inmediato, palideciendo.

—Veo que ya comprendiste. No quiero volver a saber de ti y quedas advertida, jugaste conmigo, fui un imbécil, pero hasta aquí llegó tu engaño. No quiero tenerte enfrente nunca más —rugió con seguridad y un segundo después salió dejándola ahí, desnuda, dolida, vulnerable y completamente desconcertada. Cerró con fuerza y desapareció sintiéndose ruin, despreciable, un ser abominable y por mucho que se repetía que eso era lo que tarde o temprano buscaría, no podía evitar sentir que hizo una atrocidad, algo sin nombre.

3

G lía observó la puerta de fierro mal pintada sintiéndose más sola que nunca. ¿Qué sucedió? ¿Por qué la trató así? ¿Cómo supo lo que Gregorio le exigió? Tomó el pequeño papel y lo abrió, era un cheque de varios miles de pesos. Sintió que se ahogaría, que no podía respirar. Las lágrimas emanaban sin poder detenerlas. Antonio hizo todo eso con premeditación, por eso no fue dulce, por eso la trató como... basura.

Experimentó un deseo enorme de salir corriendo tras él, de explicarle, pero se detuvo. De nada valdría y después de todo eso era lo mejor, al final no era un príncipe como ella creyó, era igual de despreciable que cualquiera, la usó para saciar su deseo, la hizo suya pagando por ello y ella... tampoco se opuso.

Se dejó caer sobre sus viejas sábanas y lloró sin poder detenerse toda la noche. Después de todo ¿de qué manera la vida le tenía que hacer entender que la felicidad no era para ella, que no valía más de lo que tenía en la mano?

Por la mañana salió a trabajar completamente destruida y con todo el cuerpo adolorido, sobre todo aquella zona que jamás fue explorada. Aún en el autobús continuaba llorando.

Llegó a aquella papelería donde trabajaba en el turno matutino, nadie le preguntó nada. Después salió corriendo para llegar a tiempo a la cafetería. Cuando la jornada terminó se sentía molida y nuevamente entumida de dolor. Antonio era el único que despertó en su ser la esperanza, las ganas de vivir, sin embargo, no entendía qué ocurrió, qué era lo que sabía, de lo único que estaba completamente segura era que no tenía justificación para haber hecho lo que hizo, pensara lo que pensara de ella.

Los días pasaron grises, tristes y planos. Margarita fue a la única que le contó todo lo que pasó, lo que le dolió la actitud de ese hombre del que se enamoró irremediablemente, omitiendo hasta qué punto se dejó llevar por la pasión y la forma tan vil en que la ignoró; eso era demasiado humillante, demasiado doloroso.

Un par de semanas después llegó a su apartamento, exhausta. Abrió deseando tomar una larga ducha y meterse bajo las cobijas.

—Hola, pequeña. —Al escuchar esa maldita voz se detuvo en la oscuridad. Él se encontraba dentro de su casa, sentado cómodamente en su roído sofá.

Prendió la luz sintiendo como el corazón le martilleaba presa de un asombroso miedo. No entró y permaneció en el umbral consciente de lo que él podía hacerle y comprendiendo que por muy egoísta que Antonio hubiera sido, ese hombre sí la podría lastimar de verdad si lo deseaba.

—No te quedes ahí, pequeña, pasa, estás en tu casa —la instó, burlón. Ella no se movió y lo miró con repulsión.

—¿Cómo entraste? —quiso saber con voz temblorosa. Gregorio la contempló extasiado; esa chica era bellísima, inocente, vulnerable y contaba con una entereza que no dejaba de asombrarlo. Todo ese tiempo siempre la mantuvo vigilada. Afrontó

todo de una forma asombrosa, sin humillarse, sin pasar por encima de sí misma. Era toda una mujer y algún día, cuando todo terminase, sería suya. La colmaría de lujos, de placer, tendría esa hermosa cabellera enredada en sus manos cada noche. Pero por ahora era negocio, su maldita hermana le robó información muy cara y lo traicionó dándosela al imbécil de Gilberto, su hermano mayor, ahora esa arpía era su amante y gracias a ella perdió a un par de hombres y bastante dinero.

Miró a Glía compadeciéndola, durante un minuto, por la hermana que tenía. ¿Cómo dos seres tan similares, educados bajo las mismas reglas, podían ser tan diferentes? No era que él y su hermano no lo fueran, pero en lo esencial, eran tan parecidos que por algo se dedicaban a lo mismo, pero ella, ella era pura, limpia, hermosa.

—Ya debes saber, pequeña, que a mí una cerradura no me limita. —No le gustaba nada lo pálida que se veía, la tristeza en sus bellos ojos; se parecía mucho a la chica de hacía un par de años.

—¿Qué quieres? Lárgate de aquí. ¿No te cansas de esto? —rugió harta de vivir así.

—No, nunca me cansaré de verte. Un día serás mía, pequeña... —Mientras hablaba se acercaba a ella. Glía retrocedió un paso apretando los dientes—, y entonces te mantendré tan ocupada y satisfecha que jamás querrás que me vaya de tu lado. —La pelirroja no mostró ninguna emoción, ni miedo, ni asco, ni nada, simplemente lo miró penetrantemente. Él se detuvo al notar su falta de reacción.

—Dime qué haces aquí, y vete —ordenó envalentonada. El hombre introdujo las manos en los bolsillos del pantalón, recordando el porqué de su visita.

—Ya no he visto a ese estúpido millonario por aquí —señaló intrigado. Glía sonrió en su interior, ¡vaya chasco que se llevaría!

—Terminamos.

—¡Ja! ¿Terminaron? Imposible, si era evidente su afición por ti. No tienes idea de con quién tratabas, pequeña... Ese hombre no se hubiera tomado tantas molestias por nada —le explicó con tranquilidad. Ese comentario le dolía, claro que no fue por nada. Y por supuesto, que no sabía quién era, ni le importaba, solo sabía su nombre y que... el dinero no era un problema para él.

—Pues me dejó. Al parecer ya no fui tan irresistible —reviró altiva. Gregorio frunció el ceño sin creerle en lo absoluto. Antonio Arantes era un multimillonario que rara vez ponía un pie en México y, sin embargo, desde que se fijó en ella no salió de la ciudad, la visitaba casi a diario. Enviudó hacía unos años y, desde entonces, nunca tuvo una relación formal con ninguna mujer. Era un hombre temido en los negocios y muy respetado, o sea... un pez gordo. Planear su secuestro no fue cosa sencilla, no podía haberse esfumado. Se acercó a Glía furioso y frustrado.

—¿De qué diablos me hablas? —exigió saber sujetándola por el cabello. Ella no se quejó a pesar del dolor, de una u otra manera Antonio ya estaba fuera de su alcance y aunque lo odiaba por cómo la trató, no le hubiera gustado que ese tipo le pudiera hacer algo.

—Arrancándome el pelo no cambiarás nada. Se hartó y me dejó, eso es todo. —El tipo la soltó de un jalón tumbándola en el piso de pavimento provocándole raspones.

—No te creo —vociferó mirándola incrédulo. Arantes jamás hubiera dejado de ganar tanto dinero, ni parecer un perrito faldero por nada; Glía le gustaba, es más, la deseaba solo para él.

—¿Por qué no? Soy una mujer común, lo comprendió y se fue...

—No le habrás dicho una palabra de lo que te dije, ¿verdad? —preguntó aferrándola con fuerza por la barbilla. Glía lo miró

penetrantemente; el muy estúpido le había ordenado sacarle dinero y mantenerlo contento, nunca haría algo así.

—No le dije nada... —replicó e intentó zafarse sin éxito así que tuvo que cerrar los ojos para contener las lágrimas.

—Más te vale, pequeña. Sabes muy bien lo que puede suceder. Él volverá, lo sé y tú me avisarás de inmediato. ¿Entendido? —Al fin la soltó.

—No lo haré, así que déjame de una maldita vez en paz.

—No, ya te dije que me debes dinero. —Glía se levantó decidida.

—Ese es el problema, ¿no es así? —Lo desafió con una nueva esperanza creciendo.

—Ya sabes que sí, pequeña —contestó observándola. Glía pasó a su lado, abrió un cajoncito de un pequeño anaquel de madera apolillado y sacó algo que él no alcanzó a ver. Regresó triunfante y le tendió el cheque.

—Espero que con esto baste para no volver a verte en mi vida. No tengo ni idea de cuánto te debe mi hermana, pero yo no soy ella y no estoy dispuesta a pagar algo que no me corresponde. —Gregorio leyó la cantidad asombrado; Antonio se lo había dado.

—Con esto bastará... por ahora, pequeña —determinó sonriente. Glía intentó quitárselo furiosa.

—¡No! ¡No por ahora, para siempre, no quiero volver a verte! —gritó ansiosa, desesperada.

—Olvidalo, si esto lograste en un mes, ¿qué lograrías en más tiempo? Ese hombre volverá y tú me informarás. ¿Estamos?

—Espera sentado —espetó con el último atisbo de valentía.

—Esperaré... probablemente sentado. Pórtate bien y nada de jugarretas, me enteraré y tus amigas lo pagarán igual que tus padres —y en menos de un minuto el tipo salió de su casa.

Se dejó caer derrotada y temblando sobre el frío piso. No podía ser, no existía manera de acabar con todo aquello. Su única

esperanza era encontrar a Ana y que ella hiciera frente a esa pesadilla. Ya demasiadas desgracias había provocado con sus actos.

Un mes y medio después de que hubiese visto a Antonio por última vez, la desolación no había desaparecido.

—Te ves muy cansada, Glía. ¿Has comido? —Le preguntó Margarita mientras secaba una taza. Era lunes por la noche, el día fue tranquilo, sin embargo, ella sentía que un tren hubiese pasado por encima de su cuerpo. No encontraba motivación, ni incentivo. Cada día pasaba igual que el anterior y ya no le encontraba sentido a nada. Se dejó caer en un banco de la barra recargando su frente en el frío mármol.

—No me he sentido muy bien —admitió. Margarita acarició su cabellera acongojada. Esa dulce joven sufría mucho y parecía que eso nunca acabaría, lo que no entendía era por qué... Era inteligente, buena, trabajadora, era responsable, optimista y jamás se quejaba de su suerte, pero todo tenía un límite y parecía que el suyo había llegado. Desde que ese hombre la abandonó Glía estaba ausente, triste, como si la llama que con su presencia creció, se hubiese extinguido.

—Deberías ir al médico —propuso la mujer un tanto frustrada por no poder ayudarla más. Vivía en aquel pequeño lugar, trabajaba sin parar todo el día y no tenía un solo minuto de descanso, pero su propia situación no era boyante, por mucho que quisiera no podía hacer más por ella que darle un trabajo seguro y apoyo cuando parecía que la vida acabaría terminando con sus sueños, con su inocencia, con su ya muy poca esperanza.

—No he tenido tiempo, iré en cuanto pueda —aceptó cerrando los ojos.

—Glía, debes de sobreponerte, eres fuerte, puedes darle vuelta a la hoja —susurró. Ese hombre al irse se llevó la última chispa de sus ojos.

—Lo haré, Margarita... lo prometo —dijo elevando el rostro con un dejo de decisión. No tenía ni idea de cómo, ni para qué, pero lo haría, la vida no podía reducirse a eso, no era justo, no se lo merecía.

Una semana después observaba turbada las toallas sanitarias en aquel cajón que abrió para sacar un nuevo jabón. Pestañeó sintiendo que el mundo se le venía encima. No recordaba cuándo fue la última vez que tuvo su periodo, pero estaba segura de que fue mientras salía con Antonio, hacía más de un mes. Sintió cosquillas en las manos, en las piernas. Su pulso se aceleró y su corazón se detuvo por unos segundos. No supo qué hacer, se quedó observando el paquete como si fuera un animal ponzoñoso.

¡No, ella no!, no podía ser lo que estaba suponiendo, eso lo cambiaría todo.

Se dejó caer en el frío piso sin poder siquiera pensar. Embarazada, esa palabra le sonaba tan abominable, tan increíble, tan... impensable. Permaneció ahí por más de una hora rodeando con sus brazos las rodillas. El sol ya estaba saliendo, se le estaba haciendo tarde.

Entumida y muerta de miedo se duchó deprisa, desayunó cualquier cosa y salió. Antes de llegar a la papelería se detuvo en una farmacia, pidió una prueba de embarazo no tan costosa y prácticamente corrió para llegar a tiempo.

No se atrevió a hacérsela en toda la mañana. Sin embargo, cada cierto tiempo iba a su bolso para comprobar que ahí continuara. Por la tarde no fue muy diferente; se sentía llorosa, nerviosa, perdida. Si lo estaba no podría contar con Antonio, eso era evidente, además, no tenía ni idea de dónde localizarlo, ni cómo. Él siempre fue quien la buscaba, le llamaba. Fue estúpida, inconsciente, ¿por qué no tomó precauciones, por qué no

tomó algo para evitar vivir lo que ahora estaba viviendo? No era ninguna ignorante, sabía perfectamente que toda esa situación se podía haber evitado.

Posó sus manos instintivamente sobre su vientre. Si estaba esperando un hijo, ¿qué haría, cómo lo sacaría adelante? Apenas si tenía para sí misma, vivía al día, ni siquiera tenía seguridad social, nada. Estaría sola en todo aquello, sola de verdad.

Cuando estaban por cerrar, Margarita la detuvo antes de que se fuera.

—Glía, ¿qué pasa? Has estado todo el día dispersa, pensativa y podría jurar que asustada. —Glía se sentó derrotada en una de las mesas escondiendo el rostro entre sus manos—. ¿Es de nuevo ese tal Gregorio?, ¿te ha vuelto a buscar? —preguntó con furia acomodándose a su lado e infundiéndole apoyo con una mano sobre su espalda. La joven negó sin poder articular palabra, pero al recordar a ese hombre una nueva preocupación surgió en su interior, si estaba embarazada y él se enteraba, no se iba a quedar con los brazos cruzados, estaba segura.

—¿Entonces?

—Margarita... —logró decir encarándola llorosa—. Creo que estoy embarazada. —La mujer la observó atónita.

—¿Ya te hiciste una prueba? —quiso saber intentando ser práctica. Eso era algo muy hermoso, pero en las circunstancias incorrectas podía ser una gran pesadilla y no conocía a una persona con peores circunstancias que Glía.

—No, pero llevo varias semanas de retraso... No sé, tengo algunos síntomas.

—Glía, no dejes volar tu cabeza. Primero debes estar segura. —La joven se levantó y hizo que la siguiera hasta la cocina donde no había vista a la calle. Margarita frunció el ceño sin comprender su actitud. Glía sacó de su bolso la caja que contenía la prueba y la miró turbada. La mujer al ver sus ojos supo

el pánico por el que estaba atravesando. La tomó y leyó las instrucciones en voz alta.

—Hazla ahora, aquí te esperaré. ¿De acuerdo?

—Tengo miedo, Margarita —confesó con voz temblorosa. La mujer sujetó sus brazos, seria.

—Un hijo es una bendición, si lo estás lo solucionaremos, mi niña... Pero por ahora es importante estar seguras —le hizo ver. Glía se metió al baño llorosa. Salió un par de minutos después. Las dos permanecieron recargadas en el muro junto al sanitario esperando en silencio. Cuando pasaron los cinco minutos entraron.

“Positivo”.

Glía parecía que perdería el sentido. Margarita la sacó de ahí y la sentó en un taburete cercano.

—Glía... hija... mírame —rogó. La muchacha tenía los ojos vidriosos y las pupilas muy dilatadas

—Un hijo, Margarita... Un hijo... ¿Qué voy a hacer?

—No es tan malo —intentó tranquilizarla—. Eres una joven muy fuerte, inteligente, no estarás sola, lo lograrás.

—Apenas si tengo para mí —le recordó con impotencia.

—A lo mejor si buscas a Antonio... —sugirió. Ese hombre no le caía bien en lo absoluto y menos después de saber que la dejó sin más creyendo que era una mujer de la calle que solo quería seducirlo para sacarle dinero. Había que ser muy idiota para creer eso de esa chica, bastaba verla a los ojos para comprender lo mucho que sufrió y lo recta que era, jamás se hubiera prestado a algo semejante.

Al principio, cuando él la invitó a salir, cuando pasaba por ella, cuando la llevaba al trabajo, sintió cierto temor, pues era evidente que el hombre tenía mucha clase y dinero, y esperaba que no quisiera jugar con Glía pues no se lo merecía. Pero al pasar la semanas y ser testigo de cómo la veía, cómo la trataba,

las atenciones que tenía, se dio cuenta de que de verdad le interesaba e incluso albergó la esperanza que fuera ese oasis en el desierto que la joven necesitaba. Pero esos hombres la volvieron a acosar, él de algún modo se enteró y tergiversó todo por lo que la dejó, por supuesto no sin antes insultarla y humillarla.

Ahora, al saberla embarazada, comenzaba a sospechar que todo fue una treta para tenerla en su cama. Glía era hermosa en exceso, no era fácil que pasara desapercibida y la rodeaba ese halo de inocencia que la hacía aún más atractiva, más irresistible. Obtuvo de ella lo que quería, justo como supuso, y la botó sin contemplaciones. ¿Por qué no todos los hombres eran como su difunto Eduardo?

—No, él me odia, ya te conté lo que me dijo; si me cruzó en su camino acabará conmigo. No me creerá, Margarita, además no tengo idea de dónde vive, o dónde puedo localizarlo. Fui una estúpida y esta es la consecuencia.

—No hables así, Glía, ya te dije que lo resolveremos.

—Margarita, si Gregorio se entera estoy segura de que no se quedará con los brazos cruzados, sumará dos más dos y sabrá de quién es este niño, podría usarme a mí o a mi hijo para acercarse a Antonio, o quitármelo para que saque el dinero que quiere. Dios, ¿por qué todo en mi vida es tan complicado? —cuestionó de nuevo envuelta en llanto.

Margarita la observó preocupada, esos hombres eran unos desalmados, una maldición para esa joven, la tenían bien agarrada y mientras su egoísta hermana no diera la cara y afrontara lo que hizo, iban a seguir atormentándola, arruinándole la vida, pero lo que más le preocupaba era que ese tal Gregorio deseaba a Glía. No había noche que no durmiera rezando porque ella se encontrara bien, porque ese hombre no le hiciera algo.

—Déjame pensar, Glía, te prometo que te ayudaré. Por ahora no se lo comentes a nadie... creo que es lo mejor. —Eso era

sencillo, no tenía muchos amigos, solo Azucena y no la podía ver con tanta frecuencia pues trabajaba de sol a sol mientras ella se divertía de la misma forma.

Varios minutos después ambas salían del lugar en silencio. Margarita la dejó en la puerta de su casa sintiendo mucha pena por su situación, pero algo se le ocurriría, la ayudaría.

Glía lloró toda la noche sin parar. Iba a ser madre y no era que nunca hubiese querido serlo, claro que sí, pero no así, no bajo esas circunstancias. Soñó con casarse enamorada, con trabajar en una escuela, con terminar su carrera, con vivir al lado del hombre que eligió de una forma serena, tranquila. Creyó que sus hijos vendrían cuando ambos estuviesen preparados, deseosos de tenerlos y entonces se encontraría esperando con ansia esa noticia. Su esposo y ella saltarían de la alegría y hubiese planeado todo para que esa nueva personita llegase a su pequeño hogar rodeada de amor y seguridad.

Se hizo tantos castillos en el aire, imaginó una vida tan diferente a la que ahora vivía. Ana siempre le dijo que era muy tonta, conformista, que la vida era más que libros, que buscar un hombre, enamorarse, casarse, tener hijos. Que las cosas afuera eran diferentes, no tan sencillas, no tan fáciles y que para obtener lo que uno quería, aunque fuese ese estúpido sueño, tenía que sacrificar mucho, que debía ser más práctica y usar los atributos que Dios le concedió para tener una mejor vida que la que sus padres consiguieron.

La realidad era que a ella no le molestaba, no porque no quisiera penar menos por dinero, pero nunca le faltó nada y a diferencia de su hermana mayor, comprendió que para tener algo debía luchar, ganárselo. Ahora sabía que Ana en algo tuvo razón; fue estúpida, demasiado ingenua, su sueño era una tontería y cada vez más lejano.

Cuando comenzó a amanecer decidió que lamentándose y pensando en lo que pudo ser no cambiaría lo que estaba pasando y lo que sucedería. Ahora no estaba sola, tenía que luchar por ella y por ese ser que crecía dentro de su vientre y que además, no tenía ninguna culpa de sus errores.

La jornada de trabajo fue extenuante. Cuando regresó por la noche el miedo continuaba, pero no se iba a dejar vencer, lograría salir adelante, lo haría de cualquier forma.

Un par de días más tarde Margarita esperó a que el establecimiento estuviera cerrado para hablarle.

—Glía... ven —le pidió con suavidad. La joven caminó tras ella un tanto ojerosa, pero ya no tan derrotada, eso le gustó, veía determinación en su mirada. Se sentaron en la cocina una frente a otra—. Creo que tengo la solución, pero no sé qué te parecerá —admitió apenada. Glía sonrió nerviosa.

—Gracias, Margarita, nunca tendré cómo pagarte todo lo que has hecho por mí —dijo con amabilidad. La mujer posó su mano en la pierna de la pelirroja, cariñosa.

—No te preocupes por eso, sabes que nunca pude tener hijos, tú despiertas en mí ese instinto maternal. Además, lo hago porque mereces ser feliz, porque luchas y no te dejas vencer.

—Dime, ¿qué pensaste? —la instó intrigada, agradecida.

—Bueno, tengo una prima lejana en Oaxaca, ella tiene una hija que trabaja en un albergue para mujeres con dificultades. Hablé con la chica, te conseguirán trabajo y techo, incluso te ayudarán para cuando llegue el momento de tener al bebé —explicó expectante. Glía la observó asombrada.

—¿En serio? No suena mal —se dijo sintiendo que después de todo a lo mejor podría lograrlo.

—No, no suena mal, pero debes saber que estas mujeres no han recibido tu educación ni tienen las metas que tú tienes, menos tu mentalidad, así que no será sencillo. El tipo de

trabajos son domésticos o de intendencia, no es que sea malo, en lo absoluto, pero tú cuentas con mayor preparación. —Glía asintió serena, no era lo que pensaba como trabajo ideal, pero era trabajo al final y lo necesitaría. Era dinero, techo, ayuda y lejos, muy lejos; no lo desaprovecharía.

—Iré —habló con determinación—. Si me quedo aquí no sé lo que pueda ocurrir, además, no podré más adelante continuar con este ritmo de trabajo. —Margarita apretó su mano, sonriendo con tristeza.

—No sabes cómo quisiera decirte que te quedaras en mi casa, pero eso no alejaría a esos hombres, darían contigo de inmediato. Me duele mucho que te vayas y no poder hacer más por ti. Te mandaré ayuda cada mes a casa de mi prima, tendremos que ser cuidadosas, ya sabes que estos hombres pueden creer que yo conozco tu paradero y entonces nada de esto tendría sentido. He pensado y creo que no debes decírselo ni siquiera a Azucena. Glía, estos hombres son peligrosos y lo sabes... —propuso temerosa.

Por supuesto que lo sabía, sus padres murieron por su causa, perdió a Antonio en parte por ellos, no tenía de dónde agarrarse gracias a ellos. No podía correr con ningún familiar pues darían con ella de inmediato, no podía involucrar a más gente en su pesadilla personal. Haría lo que Margarita le decía, lo haría discretamente. Desaparecería como si la tierra la hubiera tragado, no dejaría huellas, era su única oportunidad para empezar de nuevo, para proteger a ese ser que llevaba dentro.

Empacó de poco en poco una mochila las cosas que se llevaría, no era mucho así que en tres días ya estaba todo en la bodega de la cafetería. Margarita la ayudó con dinero suficiente para el boleto y lo que se pudiera ofrecer en el viaje. Lo aceptó sin tener más remedio, no tenía muchos ahorros y las cosas no serían fáciles.

Su ángel guardián, como la nombraba en su cabeza, consiguió una peluca castaña oscura y ropa un tanto excéntrica. Ella se haría cargo de seguir pagando la modesta renta de su apartamento mientras conseguía a alguien que viviese ahí lo que quedaba del contrato.

A media tarde, cinco días después de que Margarita le ofreciera esa tabla de salvación, Glía salió por la parte trasera del café, ataviada de esa forma tan extraña y provocativa. Ya se había despedido con lágrimas de su benefactora el día anterior por la noche, así que ya nada la detenía ahí. Construiría una vida diferente, tenía que lograrlo. No tenía ni idea de qué le esperaba en aquel albergue, pero no podía ser peor de lo que ya era su vida en ese sitio.

4

—Antonio, hijo, desde hace tiempo que estás así... ¿Qué fue lo que ocurrió en ese viaje a México que te cambió tanto? —Su tía Adelina era dulce, tierna y siempre estaba preocupada por su único sobrino.

Desde hacía cinco meses que regresó de aquel viaje, donde ni siquiera habló por teléfono como comúnmente hacía, se encontraba extraño, diferente. Parecía taciturno, irritable, culpable. Nunca duraba en aquel país más de tres días, pero algo ocurrió que permaneció allí más de un mes. Nadie sabía qué hizo todo ese tiempo, era como si la tierra se lo hubiese tragado cinco semanas y no existía manera de que dijera lo que ocurrió durante ese lapso. Al principio pensó que los recuerdos sobre Lidia lo perturbaban, que vio a su familia, o algo por el estilo, pero él no tenía en la mirada aquella tristeza que los recuerdos de su esposa e hijo provocaban.

—Nada, Lina, son ideas tuyas —mintió colocando una mano, cariñoso, sobre la de ella. Eso era una gran mentira, no había noche que no evocara esa maraña pelirroja, esos estanques verdes. Lo que hizo fue asqueroso, vil, por mucho que ella lo hubiese intentado usar, él no debió haberla tratado

de aquella forma, debió parar y pese a detenerse, no lo hizo lo suficiente y aunque el orgasmo llegó para ambos, no debió ser de aquella manera. Después de todo no era un animal y ella, ella por muy interesada y ruin que fuera, en esos momentos, no era mejor que él.

Si cerraba los párpados podía verla ahí, tumbada, con aquella mirada de desconcierto, de incredulidad. Sabía que en ese momento no actuó, fue su primera vez, lo sintió, lo vio en las sábanas manchadas y él fue insensible. No había día, desde aquella noche, que no se sintiera culpable, mezquino. A veces, incluso, se despertaba turbado imaginando que si por algo, de alguna forma, Camilo se hubiese equivocado, no tendría perdón y habría perdido a la única mujer que despertó en él esa intensidad de sentimientos.

No era que a Lidia no la hubiese amado, porque lo hizo y mucho, pero de esa forma tranquila, serena, nunca pasional, impetuosa, ansiosa. Glía lo hacía hacer cosas que nunca se hubiera imaginado; como caminar descalzo por aquel parque mientras conversaban sobre tonterías tomados de la mano y comiendo unos deliciosos sándwiches de queso que ella llevó para comer, pues debía ir a trabajar a la cafetería más tarde. O subirse a juegos mecánicos en aquella feria llena de gente que no había reparado en ellos. Recordaba su risa como si fueran cascabeles que lo hacían sentir más ansioso, su cabello alborotado por el viento, sus mejillas sonrosadas, la vitalidad que tenía a pesar de las interminables jornadas de trabajo a las que se sometía a diario, sin embargo, nunca se había quejado, jamás repeló de su suerte.

Recordaba muy bien su excitación cuando había logrado conseguir aquel peluche corriente en un juego de dardos. Era como si le hubiese dado una joya costosa, o un perfume finísimo. No soltó a aquella iguana espantosa en toda la noche,

incluso recordaba haberla visto sobre su cama aquel fatídico día. Se abrió con ella, le contó sobre Lidia, sobre su hijo y lo mucho que le había dolido perderlos. Esa joven, que pensaba era dulce, lo escuchó con comprensión, con ternura y cuando había terminado le dio un dulce beso sin buscar consolarlo pues era evidente que sabía muy bien que no existían palabras que ayudaran en esos casos. Pero todo fue parte de un plan, de un engaño, nada había sido genuino y eso lo atormentaba, lo hacía sentir rabioso, furioso, traicionado, asombrosamente dolido.

Ahora, cinco meses después, no lograba darle vuelta a la hoja, no lograba retomar su vida.

—Si tú lo dices. Aunque te conozco muy bien y no soy Augusta... No te juzgaré, hijo —la escuchó hablar, logrando con ello que retornara al presente. Esas mujeres eran su única familia, a ambas las quería mucho de diferente forma. Soltó un suspiro cansino.

Adelina era dulce, cortés, tierna, mientras que Augusta era formal, inflexible y perfeccionista. Entre ellas reñían todo el tiempo, pero era evidente lo mucho que se querían a pesar de sus diferencias. Las dos estaban solas, enviudaron hacía tiempo, una mucho antes que la otra. Augusta no pudo tener hijos nunca y Adelina no alcanzó por la prematura muerte de su marido. Jamás se volvieron a casar, aunque tampoco llevaban una vida de celibato y aburrimiento. Salían, se divertían, tenían citas todo el tiempo y parecían ser felices. Eran mujeres de mundo. Crecieron rodeadas de lujos, de comodidades, sabían cómo moverse en sociedad, hacían grandes eventos de beneficencia, eran las presidentas de todas las causas sociales que la empresa tenía.

Ellas, junto con las esposas de los accionistas, hacían fuertes aportaciones y ayudaban a muchísima gente con diferentes dificultades en Río y lugares más alejados. Antonio comía con ellas cuando podía, e intentaba pasar los domingos a su lado

cuando sus apretadas agendas se los permitían. Él vivía en esa enorme casa, herencia familiar, los fines de semana o cuando necesitaba descansar, pero entre semana prácticamente lo hacía en su *penthouse* en el centro de Río. La Financiera se encontraba a menos de cinco minutos y no tenía que preocuparse por el interminable tráfico de la ciudad.

Ese día Augusta tenía una pequeña resaca gracias a una reunión del día anterior en casa de alguna de sus amistades. Ambas eran aún atractivas, una con sesenta y cinco y la otra con sesenta y tres contaban con la vitalidad de una chica de treinta. Su padre fue el menor, el único varón y ellas, junto con su madre, sus grandes adoraciones. Era extraño verlas separadas, siempre peleando, siempre juntas a pesar de eso. Sin embargo, en ese momento agradecía la jaqueca de Augusta; no estaba de humor para sus convencionalismos o los cotilleos de la sociedad brasileña.

Esa noche soñó con Glía y no logró quitársela de la cabeza. Nadó en la enorme piscina, trabajó un poco, incluso salió a correr para despejarse. Nada, ella regresaba una y otra vez. Ya habían terminado de comer y tomaban un digestivo uno al lado del otro en la mesa de la terraza donde solían hacer la sobremesa los domingos.

—Lina, no quiero hablar, no estoy de humor —reconoció serio.

—Lo sé, desde hace meses que es así... Hijo, si bien no eres un cascabel, ni el más parlanchín, tampoco eres este hombre en el que te has convertido últimamente. No tengo ni idea de que habrá ocurrido, pero lo que sea que haya pasado olvídale, o solúcionalo. Eres joven, muy apuesto, un gran partido, no puedes vivir tu vida así —reviró un poco preocupada. Antonio la observó, esa mujer lo conocía muy bien, incluso mejor que su otra tía.

—No sé a qué te referes. Sabes que tengo una vida a pesar de que la empresa me absorbe. Ojea esas revistas que tanto te gustan, salgo, me divierto —refutó con indolencia. Adelina entornó los ojos un tanto molesta.

—No tienes que convencerme, claro que te he visto y debes saber que el hecho de que salgas siempre de la mano de una modelo diferente no me dice nada de ti, ni tampoco me tranquiliza. Eso es una pantomima, no es la realidad, tú no eres feliz y no veo cómo, llevando el tipo de vida que llevas, algún día lo logres.

—Soy feliz así, es lo que elegí, como quiero vivir. Deja por favor de pensar que me casaré, que te daré nietos que cuidar. No lo haré, yo ya tuve un hijo, una esposa y no supe protegerlos, ser lo que necesitaban... Es más, no sé por qué estamos hablando de esto —protestó poniéndose de pie, irritado.

—Vete si quieres, pero hazme un favor, Antonio, no te engañes. A mí y a Augusta si quieres hazlo, pero a ti no. No eres feliz, no te perdonas algo que no estuvo en tus manos, algo que debes soltar de una vez. La vida es así, se vive, se muere... No tienes nada que ver en eso —contraatacó seria. Antonio cerró las manos en puños tensos.

—Era mi familia... —replicó contenido.

—Sí, lo era, pero lo que sucedió ni tú, ni nadie, lo hubiera podido cambiar.

—Adelina, basta, sabes que odio hablar de esto y no quiero ser grosero.

—Por mí no te detengas, no tengo un corazón susceptible como mi hermana. Si quieres atacar hazlo, pero deja esto de una vez.

—Los decepcioné, ¿no lo entiendes?, a ella, a mis padres, le fallé a mi hijo... ¿De qué vale todo este dinero, todos estos lujos si al final los que más he amado en mi vida se fueron

creyendo que no los amaba los suficiente? —rugió por lo bajo, contenido. Adelina se limpió la boca delicadamente con la servilleta de lino mostrándose imperturbable. Le dolía su dolor, pero no se lo mostraría, debía dejar de compadecerse, tenía que ver hacia adelante. La misma Augusta también lo creía, solo que a diferencia de ella no le gustaba hacerlo enojar, prefería mantener la frágil tranquilidad para no agobiarlo. Pero para Adelina las cosas ya habían llegado a su límite.

—Eso es una gran mentira, no le fallaste a nadie. Hiciste lo que sentías que debías hacer en ambas circunstancias, es solo que la vida de ellos no estaba escrita tan larga como para poder recoger los frutos de lo que hacías en esos momentos. Tu padre sabía que cuando llegara el momento vendrías y asumirías de la forma en la que lo hiciste y Lidia sabía que debía aguantar esa etapa tan dura para después volver a tenerte, es solo que ella no estaba acostumbrada a esta nueva situación, al igual que tú. Pero sé que con el tiempo lo hubiera logrado, era inteligente, educada, y te adoraba. —Antonio se metió las manos en los bolsillos del *jeans* y caminó hasta el jardín con la cabeza gacha. Adelina lo observó deseando que llegara esa mujer que lo despertara de ese letargo, que lograra hacerlo olvidar la culpa absurda que cargaba, que lo hiciera sonreír, que lo hiciera vivir.

No obstante, al paso que iba, eso no iba a suceder. Antonio no parecía entusiasmado con nadie en especial a pesar de que se le veía comúnmente con mujeres esculturales o de muy buena cuna, sin embargo, era evidente que él no daría nada salvo un poco de tiempo y a lo mejor, un buen revolcón, solo eso.

Antonio fue consciente del momento preciso en que su tía entró de nuevo a la casa. Soltó el anzuelo, ahora lo dejaba a él manipularlo. Esa conversación, si bien no era recurrente, sí había ocurrido ya algunas veces entre ellos y siempre lograba dejarlo peor que antes. Sin embargo, en esta ocasión sus pensa-

mientos no se vieron eclipsados por esa espantosa época, si no por esos rulos rojos, por esa piel blanca.

Necesitaba saber de ella, quería saber qué era de su vida. El cheque fue cobrado, evidentemente le cayó bien el dinero, pero no podía culparla, el tipo de vida que llevaba era verdaderamente espantoso.

De repente, por primera vez en todo ese tiempo, se encontró justificándola; Glía estaba sola, sin un solo centavo, viviendo al día, en aquel horrible sitio, trabajando en tres lugares distintos, sin ayuda. De pronto él se aparece, se siente atraído como nunca antes por lo que no puede evitar merodear a su alrededor poniéndole la oportunidad en sus narices, su realidad era dura y él podía ser una tabla de salvación. Si hubiese estado en una situación similar... ¿No hubiera hecho lo mismo? No debía ser fácil vivir la tragedia que ella vivió y además sin ninguna posibilidad económica. Probablemente ese hombre era su novio y no tuvo de otra salvo seguirle la corriente al pobre millonario que estaba evidentemente interesado en ella.

El tipo era una ficha, pertenecía a una red de delincuentes de medio pelo, pero no por eso menos peligroso, probablemente él se lo ordenó y ella, entre con miedo y entre enamorada del hombre, aceptó. Se pasó las manos por su cabellera espesa perdiendo su atención en el cielo. El calor era fuerte, en México debía hacer frío en esos momentos. ¿Cómo estaría? La curiosidad lo carcomía. Algo no encajaba, pero no lograba encontrar qué.

—Camilo... —marcó de su celular, resuelto. Averiguaría su paradero, tenía un viaje a México a mitad de semana, la vería aunque fuese de lejos—. Investiga todo lo que puedas sobre lo que ha hecho Glía estos meses, lo quiero cuanto antes —ordenó perdiendo la vista en el hermoso jardín en el que tantas veces jugó de pequeño.

Tres días después tenía en sus manos la información. Camilo era muy eficiente, no existía nada que lo limitara, contaba con muchos contactos y hacía lo que fuera por conseguir y hacer lo que se le pedía. No por nada estaba en ese puesto y era reconocido por ser uno de los mejores en su trabajo.

—Señor, no le va a gustar mucho lo que encontré —aseguró inescrutable. Antonio frunció el ceño sentado frente a aquel hombre de figura atlética, de no más de cuarenta y cinco años, en el mullido asiento del *jet*.

—¿A qué te refieres? —quiso saber al tiempo que abría el informe.

—La joven... Está embarazada —informó inescrutable. Antonio lo miró atónito sin poder siquiera pestañear—. Tiene cinco meses —finalizó.

Comenzó a leer con impaciencia el documento. Estaba en Oaxaca, un estado de México, ¿qué hacía ahí? En un albergue de mujeres en situaciones difíciles... ¿Por qué? La joven en cuestión casi no salía, ayudaba con el aseo del lugar, todo indicaba que Camilo la mantuvo vigilada las primeras semanas después de... aquella noche. El tal Gregorio pasó por su casa al poco tiempo y después nada. Era probable que se hubiera enterado del embarazo y la dejara sin su apoyo pues Glía se escabulló de una forma muy extraña, tanto que el equipo de su escolta no supo primero a dónde fue, aunque al poco tiempo, siguiendo un evento algo atípico en el café, descubrió que había ido hacia ese lugar al sur de México.

Durante esos meses Camilo dejó de seguirla, era evidente que no representaba ningún problema para Antonio, las razones por las que se encontraba ahí eran lo de menos. Sin embargo, en el momento que recibió órdenes de saber sobre la joven, fue cuando descubrieron lo del embarazo sacando así conclu-

siones. Un poco de dinero por aquí y otro por allá y supieron con exactitud el tiempo que llevaba de gestación.

Antonio se quedó helado, podía ser su hijo. No comprendía nada. El dinero que le dio era lo suficiente como para poner un negocio y vivir con un poco más de decoro. ¿Por qué estaba ahí? ¿Por qué se dedicaba a eso en su estado?

—Víctor —llamó firmemente a su asistente, un hombre que no media más de uno sesenta, de treinta y cinco años, que había resultado muy eficiente y discreto. Siempre impecable, perfectamente bien vestido, inteligente y al igual que a Camilo, nada lo detenía—. En cuanto aterricemos quiero que prepares todo para que salgamos a Oaxaca en helicóptero y regresemos hoy mismo, también encuentra un buen ginecólogo y haz una cita para mañana temprano —ordenó. El hombre asintió anotando todo sin cuestionar en la *tablet*.

—¿Alguna otra cosa, Antonio? —Había escuchado la corta conversación entre Camilo y él, sabía muy bien cuáles eran las sospechas que comenzaban a formarse en su cabeza, cómo también, lo que en ese mes sucedió. Si bien él era el que tuvo que viajar en representación de su jefe para resolver los pendientes, sabía perfectamente que aquella chica fue el motivo. Pero Camilo, cinco semanas después de salidas sin cesar, le dijo algo que logró que Antonio perdiera de forma abrupta el interés por ella, sin embargo, algo cambió en su jefe, ya no era el mismo, algo sucedió que lo atormentaba y confundía.

Lo conocía desde que llegó a Río, era un hombre cabal, calculador, un excelente negociante, culto y una máquina de producir dinero. Lo vio sufrir cuando su familia murió en aquel accidente y salir con éxito de esa espantosa situación. Si bien no era un hombre de sonrisa, ni accesible, tampoco era tan taciturno ni ensimismado. Pero al final no era su problema, cumplía

órdenes. Amaba su trabajo, por lo que haría lo que Antonio quisiera sin cuestionar ni cotillar.

—Que el apartamento esté listo para recibir a otra persona por la noche.

—De acuerdo, me haré cargo. —Se volvió a alejar, dejando al jefe de seguridad y a Antonio solos.

—Camilo, ¿qué más sabes? —preguntó directamente.

—No mucho más, señor, pero al igual que usted estoy un tanto desconcertado —admitió. Antonio asintió observando las fotos de Glía, apenas si se le distinguía, pero definitivamente era ella, ese cabello era inconfundible.

Antonio dejó los documentos sobre la mesilla y perdió la mirada en el exterior. Ese niño podía ser suyo, como también era probable que no. Pero esa misma noche lo averiguaría y si era así; Glía no tendría otra opción salvo dárselo. Una vida como la de ella no era la ideal para ningún niño y menos para un hijo de él.

¡Carajo!

La realidad era que esperaba que le dijeran que ella continuaba su vida normal, solo que dejó algún trabajo y por lo menos cambió también de residencia. Que a lo mejor siguiera saliendo con esa alimaña o que incluso, ya vivía con él. Pero jamás hubiera imaginado lo que acababa de saber.

El resto del día estuvo envuelto en una bruma de confusión y ansiedad, en unas horas la vería y entonces le exigiría una explicación. Las cosas se iban a hacer a su manera y no permitiría jugarretas.

5

G lía tenía una punzada en la cabeza que no se iba desde hacía un par de días. Las cosas no eran como había pensado en aquel lugar. Cuando llegó la recibieron como a cualquier otra; un catre en un cuarto donde dormían otras treinta chicas, tres comidas al día que no tenían mucho o nada de nutritivo. Desde que amanecía hasta que anoecía había que limpiarlo todo. A ella le correspondía la cocina, por lo que tenía que lavar platos una y otra vez de los comedores comunales donde llegaban todo el día gente, en peores condiciones que ella, a ingerir lo que pudieran darles.

El lugar no era malo, pero no contaba con los recursos necesarios. Las encargadas del albergue eran estrictas y exigentes, lo único bueno era que un médico que ahí asistía como labor social, la checaba mensualmente y hasta hacía tres semanas todo iba bien, ella se sentía bien, lo de cuidado era que no había subido mucho de peso y a veces estaba un poco pálida. Sin embargo, daba gracias a Dios por estar a salvo, lejos de esos hombres que tanto temía, aunque hacía unos días la prima de Margarita le escribió una nota en la que le pedía que no saliese para nada, alguien estaba indagando, eso la alteró hasta lo indecible. Ahí

comenzaron las jaquecas y las náuseas. Si Gregorio daba con ella y veía su barriga, no estaba segura de lo que se le ocurriría para sacar más dinero a sus expensas.

Ya eran las ocho de la noche. Estaba agotada y aún faltaban varios platos, las piernas las sentía hinchadas, la cabeza martilleaba y le urgía cenar. Ella, a diferencia de la mayoría, no pudo conseguir un trabajo lejos de ahí. Primero por su estado; no era fácil que alguien aceptara mujeres embarazadas. Segundo; porque se resistió a salir, lo mejor era estar dentro la mayor parte del tiempo.

—Glía, Berta quiere que vayas a su oficina —le informó una de sus compañeras. Se secó las manos y anduvo cansada hasta la dirección. Casi no veía a esa mujer pues siempre estaba llena de papeleo y buscando recursos para el lugar. Recorrió el pasillo iluminado por una lamparilla blanca que le daba un tinte más deprimente a las paredes desgastadas. Tocó intrigada, no había hablado con ella desde que ingresó hacía casi cuatro meses.

—Pasa —escuchó la dura voz. Abrió despacio. La mujer se hallaba frente a su escritorio, una silla de plástico corroída que era para las visitas, se encontraba ocupada. Su pulso se detuvo, abrió los ojos, perpleja, asustada. La enorme figura se puso de pie confirmando sus sospechas. Antonio. Parpadeó sintiendo que perdería el conocimiento. ¿Qué hacía ahí?—. Veo que lo conoces —aceptó Berta aliviada.

—Claro que nos conocemos. ¿No es así, Glía? —Su voz gruesa la entumió. Asintió encajándose las uñas en las palmas de las manos. Antonio la miraba con reprobación, recorriéndola de arriba abajo varias veces como buscando algo.

—Este señor nos ha dado una maravillosa noticia, Glía. Ha decidido donar una cuantiosa cantidad a cambio de hablar contigo. ¿Tienes algún problema con eso? Si es así dímelo, no pasará nada lo juro, primero está tu seguridad —explicó Berta. Glía

no supo qué decir, pero la mirada de Antonio era amenazante. Negó sin remedio.

—Si es así, los dejaré solos para que puedan platicar. —Rodeó el escritorio y le tendió educadamente la mano a Antonio—. En nombre de todas estas mujeres le agradecemos este gesto tan asombroso, vuelva cuando quiera, siempre será bien recibido.

—Gracias, Berta —lo escuchó hablar de esa forma tan suya. Su piel se erizó. La mujer salió no sin antes poner una mano en el hombro de Glía sonriendo y dándole las gracias con los ojos. Cuando la puerta se cerró tras ella no pudo evitar sobresaltarse.

—¿Qué... haces aquí? —logró preguntar sintiendo que la punzada en la cabeza incrementaba y que los recuerdos se agolpaban dolorosamente en su cabeza.

Antonio no sabía qué hacer. Glía estaba notoriamente cansada, se encontraba algo ojerosa y pálida. Con ese blusón no podía siquiera ver la panza que se supone que tenía. Su cabello lo llevaba sujeto en una coleta y podía jurar que no tenía el brillo de antes. Ahí, de pie, delante de él, parecía más una niña que una mujer. Sintió un deseo arrebatado de abrazarla y consolarla. Lucía más vulnerable que antes, se le veía triste, y ahora también asustada, lo miraba con horror y parecía querer salir corriendo de ahí y esconderse en algún lugar del que nadie fuera capaz de sacarla. No comprendió por qué eso le dolió, quería ver un rostro de asombro definitivamente, de altivez también, de indiferencia, no de miedo y temor.

—¿De quién es ese hijo? —preguntó sin preámbulos estudiando el lugar que debía estar abultado. Glía instintivamente se llevó las manos hasta ahí como para protegerlo, su barriga era pequeña, una profunda ternura lo embargó.

—Mío —declaró con firmeza y retrocediendo un paso. Antonio frunció el ceño acercándose sin que eso le diera tiempo a Glía de alejarse. La tomó por los brazos y la pegó a él apretando

los dientes. Todo el deseo que le despertaba, las sensaciones que le provocaba, solo lograba que esa respuesta lo pusiera furioso.

—Ese niño podría ser mío y lo sabes muy bien, así que ahora mismo nos iremos de aquí y mañana pediré una prueba de ADN. Si es positiva, lo siento mucho por ti, Glía, porque mi hijo no crecerá a lado de una mujer como tú... Pero si no es así; podrás regresar aquí a seguir tu vida deprimente —rugió amenazante, en susurros. Glía palideció aún más si eso era posible.

—No me lo quitarás, ya te dije que es mío. —Intentó zafarse, pero Antonio la tenía bien sujeta. Quería despreocuparla, sentir repulsión, pero a pesar de todo lo único que lograba sentir era un deseo avasallador, el mismo de hacía meses, una necesidad enorme de verla sonreír y de escucharla conversar como aquellos días. Su piel seguía igual de suave, pero ahora ella parecía más frágil.

—Si no vienes ahora mismo, te advierto que cuando nazca pediré legalmente la prueba y si es mi hijo no lo volverás a ver en tu vida. Sin embargo, si me haces caso y me acompañas de buena gana puedo, a lo mejor, no ser tan contundente... Tú decide. —La soltó y esperó su respuesta, serio.

Glía sentía que no podía odiar más a otra persona como lo odiaba a él, pero también era terriblemente consciente de que lo seguía queriendo, de que Antonio continuaba despertándole los mismo sentimientos que desde el primer día a pesar de ser el tirano sin corazón que era. La vista se le nubló y no pudo evitar que un par de lágrimas se escaparan. No tenía opción, debía ir con él, era evidente que si huía la encontraría y las cosas entonces, presentía, serían peores. Se tragó su orgullo limpiándose las lágrimas con rabia mirándolo con rencor.

—Te odio —se escuchó decir perforando sus ojos y sintiendo náuseas. Él sonrió críticamente.

—Tus sentimientos son algo que me tiene sin cuidado y tienes que saber que tú no me inspiras cosas muy diferentes, y ahora ni siquiera deseo. Por Dios, si pareces más una pordiosera que una chica de la calle —la insultó buscando de esa manera blindar la ansiedad que surgía por cargarla y cuidarla. Glía lo escuchó atónita y sin poder contenerse más lo abofeteó. Antonio no se movió ni un milímetro ante lo ocurrido en cambio la observó con burla.

—No vuelvas a tocarme jamás —la amenazó tomándola por la cintura y acercándola peligrosamente a su cuerpo. Quiso herirla, no había esperado esa reacción—. Si lo vuelves a hacer te demostraré lo que mis manos son capaces —advirtió con soberbia y sin que ella lo viniera venir la besó duramente. Glía intentó luchar, pero no la soltaba. Al recordar su aliento, su sabor... lo olvidó todo y se dejó llevar sintiendo que a lo mejor tenía una esperanza, si le decía todo, si lo sacaba de su equivocación tendría una oportunidad de que su vida cambiara, él la apoyaría. La separó de un jalón sintiéndose profundamente turbado; Glía seguía siendo suave, dulce y aún lo deseaba.

—Antonio... yo... —musitó temblorosa decidida a contarle todo.

—Tú, tú eres una cualquiera y definitivamente la última mujer que hubiera pensado como madre de un hijo mío. Ve por tus cosas y vámonos. Absolutamente nada de lo que tengas que decirme me interesa, acabas de demostrarme quién eres y la poca dignidad que tienes —bramó contenido, respirando agitado, mintiendo de nuevo. Ella lo escuchó, pasmada, con los ojos anegados. Era despreciable, arrogante.

—Tienes razón —refutó dolida, herida—. Y créeme que tú distas mucho del hombre que hubiera elegido como padre de un hijo mío —respondió colérica. Aún tan frágil, tan ojerosa peleaba, era increíble.

—Lo sé, un tipo de tu misma calaña hubiera sido lo que prefirieras, pero saldremos de dudas pronto... Me genera repulsión pensar que tenga que verte más tiempo del necesario —gruñó. Glía no podía más con la humillación, con su dureza y es que estaba terminando de romperle el corazón—. Tienes cinco minutos para reunir lo que necesitas... Es la última vez que lo digo —ordenó alejándose de ella; su aroma, su aliento, la deseaba, la deseaba desesperadamente, por eso estaba atacándola de esa forma, necesitaba poner distancia entre ambos o la metería en su cama de una forma u otra hasta que se saciara de su cuerpo importándole un comino su estado y la clase de mujer que era. Dios, ¿qué le pasaba con ella?

Glía asintió derrotada, vencida y salió. Tomó una muda, su gastado cepillo de dientes y lo metió en un pequeño bolso. Observó la iguana que descansaba sobre su almohada, la acarició un momento recordando aquel día. Se había ilusionado, creyó que él estaba enamorándose de ella. ¡Qué estúpida, qué ingenua! La apretó contra su pecho sabiendo que ya no tenía escapatoria, ese hijo era de él, nunca estuvo con nadie más. ¿Cómo haría para que no se lo quitase? ¿Para qué no le arrebatara lo único que la mantenía en pie? Tomó el peluche y se lo dio a una de las niñas a las que solía contarles cuentos. Para la pequeña era un juguete nuevo, algo con que divertirse y no significaría el dolor que para ella ahora significaba.

Salió con la cabeza gacha. Una de las chicas le informó que la esperaban en la puerta principal. No logró despedirse de nadie pues Berta la guio directamente hasta ahí sin poder esconder su asombro. Al salir un enorme auto negro estaba aparcado justo enfrente. Antonio hablaba con un hombre corpulento y alto que no debía tener más de cincuenta años. El hombre al verla guardó silencio, Antonio giró y como si estuviera viendo algo insignificante y le indicó que entrara por la puerta trasera.

Glía obedeció y se acomodó hasta el otro extremo, pegada a la ventana, enseguida entró él.

Durante el camino no paró de hablar por su teléfono en diferentes idiomas. Ni siquiera le prestó atención, se perdió en la oscuridad de las calles que le eran tan desconocidas, intentando dejar la mente en blanco, con suerte y así ese dolor de cabeza disminuía. Media hora después se estacionaban frente a un helicóptero.

—Baja... —exigió duramente. Glía lo hizo sintiendo que el dolor de cabeza aumentaba tanto que sus ojos lagrimeaban, sin embargo, intentó que ninguno de los hombres que ahí se encontraban lo notasen, ya bastante humillada y pisoteada se sentía. Aferró su pequeño bolso y esperó afuera del auto.

El hombre que había visto afuera del albergue le indicó con la mano que lo siguiera, lo hizo con la vista en el suelo. La ayudó a subir y le colocó con educación unas orejeras. Antonio ingresó unos minutos después al igual que él y otro gigantón que ni siquiera la miraba. ¿Quién era Antonio? Se encontró preguntándose. Esos hombres parecían de seguridad. De repente las palabras de Gregorio acudieron. Había dicho que no tenía ni idea de quién era en realidad, y ahora se daba cuenta de que era cierto. Sus palmas se humedecieron de nuevo y un sudor espeso recorrió su cuerpo, necesitaba comer, se dijo controlando las náuseas. ¿A dónde irían? Qué más daba, se respondió aturdida.

Una hora después serpenteaba el tráfico de la Ciudad de México. Antonio parecía no reparar en ella al igual que el chofer y los otros dos hombres que seguían el auto en una camioneta a una distancia prudente.

¿Siempre tuvo seguridad? Ella no los recordaba. Llegaba manejando un auto algo ostentoso, pero nunca notó que los siguieran, que alguien estuviera detrás de ellos. Recargó la cabeza en el asiento de piel y sin poder ya oponerse sus ojos se cerraron.

Antonio supo el momento preciso en el que por fin se dio por vencida y durmió. Juró que lo haría en el trayecto de aquel horripilante lugar al helicóptero, pero Glía permaneció mirando por la ventana en silencio, sentada en aquella esquina. Su imagen era la de un ratoncillo asustado, derrotado.

La estudió con detenimiento poniendo el celular en silencio, no quería despertarla. Su pequeña barriga apenas si sobre salía, pero moría de ganas de poner una mano sobre ella. Sus pechos, a pesar del poco peso que había aumentado, era evidente que estaban más frondosos, más plenos. Sus manos descansaban sobre su regazo, laxas. Su boca entreabierta y su respiración pausada, serena. A pesar de que no se le veía rebosante de salud, como recordaba a Lidia con el embarazo de Romano, Glía lucía muy hermosa.

Esa mujer le despertaba sentimientos tan contradictorios que no podía evitar ser cruel para intentar acallar la necesidad de acariciarla, de protegerla, de cuidarla. Sin embargo, no podía olvidar lo que era, por mucho que la deseara, por más que despertara todo aquello en su interior, jamás podría llegar a más con ella.

Recordó con rabia lo que Camilo acababa de decirle; el tal Gregorio estuvo rondando el albergue un par de días atrás, seguramente seguían viéndose y se regañó a sí mismo por dejarla ir sola por sus cosas, probablemente le hubiera hablado para alertarlo de su ida. Tenía que ser sincero, existía una buena probabilidad de que ese niño fuera suyo, pero si bien las fechas coincidían él no podía garantizar que después de haber perdido su virginidad aquella noche, no hubiese estado retozando con el patán aquel. Glía aceptó ir con él sin oponer mucha resistencia, así que la probabilidad indicaba que ni ella sabía quién era el padre. Si las pruebas eran negativas comprendía que la dejaría en paz, pero si era suyo, probablemente estaba viendo

una oportunidad de oro. Cerró los puños intentando dejar de sentir compasión y culpabilidad.

—Señorita, señorita. —Glía no reconoció la voz, se sentía muy cansada y de nuevo regresó el martilleo en la cabeza. Abrió los párpados con mucho esfuerzo, aquel hombre que la ayudó hacía unas horas la intentaba despertar—. Debe bajar, ya llegamos —le informaron. Salió tomando, con una media sonrisa, el apoyo que aquel gentil hombre le proporcionaba. Un elevador abierto los esperaba. Antonio de nuevo estaba hablando por teléfono y ni siquiera la miraba. Era tan apuesto, debía medir casi uno noventa, tenía un cuerpo atlético impresionante y un rostro que bien podía ser modelo de revista. Lástima que fuera como todos; bajo, abusivo y un bruto.

Cuando las puertas se abrieron la opulencia de aquel lugar la dejó paralizada. Un hombre delgado y que debía medir lo mismo que ella, los esperaba con un aparato en la mano. Abrió los ojos sin poder esconder su asombro al reparar en su presencia. No supo interpretar si la veía, en esa pequeña fracción de segundo, con reprobación o aprobación, suponía que la primera. De verdad alrededor de todo aquello parecía una vagabunda, con su pantalón enorme deportivo de algodón muy desgastado, aquella camiseta que había comprado en un lugar de segunda y que le quedaba muy grande por lo que solía usarla para dormir, pero que ahora la usaba para el diario pues su ropa no le quedaba muy bien. Hacía frío, se abrazó esperando instrucciones.

—Camilo, tú te quedarás aquí. Víctor, ve a descansar, nos vemos mañana temprano y avísale al chofer que tenga listo el auto, voy a salir —dijo Antonio. El hombrecito asintió y desapareció metiéndose al elevador que acababan de ocupar. Pronto quedaron solo ellos tres. El sitio era asombroso. Una vista impresionante lo rodeaba, sillones de piel, decoración impecable

y sobria, colores elegantes y perfectamente combinados. Glía tragó saliva observándolo todo ya muy despierta—. Sígueme —pidió el padre de su hijo. Al ver que ella no se movía la tomó por el antebrazo y la hizo caminar a su lado. Su mirada se le antojó adorable, era impresionante lo bien que actuaba, parecía absolutamente asombrada, como si no supiera que podía toparse con todo aquello.

Caminaron por un pasillo angosto discretamente bien iluminado. En el fondo había unas cuantas puertas, él abrió una de ellas con determinación. Una cama *kingsize* perfectamente bien decorada estaba justo enfrente, no había muro de lado derecho, solo vidrio que permitía ver toda la ciudad iluminada, de lado izquierdo una pequeña sala con un televisor enorme y una puerta que supuso era el sanitario.

—Dormirás aquí. Mañana asegúrate de estar lista temprano, la cita es a las nueve, no me hagas esperar, no soy hombre de paciencia —dicho esto salió cerrando tras él. Una vez fuera; recargó su peso sobre la puerta respirando agitadamente, un minuto más en su presencia y la vuelve a besar. Se frotó el rostro ansioso, ya era tarde pero tenía que despejarse si no haría una estupidez.

Glía se acercó a la gran cama, nerviosa, dejando sus sucias sandalias a un lado de la puerta, la alfombra parecía seda y no quería estropearla. ¿Antonio vivía ahí?, no cabía del asombro, el lugar era digno de una revista de decoración. Se sentó en la orilla, con miedo de arrugar el fino edredón. La punzada en la cabeza regresó. Se apretó la sien cerrando los ojos. Necesitaba comer. Salió de la habitación con cautela, caminó por el corredor con las manos sudorosas y un gran agujero en la barriga. Camilo apareció de repente frente a ella, dio un respingo, asustada.

—¿Qué desea, señorita? —preguntó educadamente, pero notoriamente irritado de que estuviera fuera de la habitación. Glía bajó la mirada mordiendo los labios.

—Yo... bueno... ¿Cree que podría comer algo? —logró decir agobiada. El escolta abrió los ojos de par en par, sus palabras lo conmovieron enseguida.

Cómo era posible que Antonio la hubiese dejado así, estaba embarazada, por Dios. Nunca la había tenido tan cerca como esa noche, era muy hermosa, aunque parecía demacrada, sin embargo, toda su vida se había dedicado a detectar el peligro, se jactaba de olerlo aun a la distancia; esa joven tenía una mirada limpia, clara.

—¿El señor Arantes no le ofreció nada? —indagó serio. Glía frunció el ceño cubriendo su pequeña barriga.

—¿Arantes?... Yo bueno, no lo sé, ¿a quién se refiere? Es que hoy fueron muchos rostros —e intentó repasar los hechos de aquella noche, nadie se presentó con ella, es más, ni siquiera la miraron. Camilo la estudió incrédulo, era imposible que no supiera el apellido de Antonio. Algo comenzó a preocuparle. Glía sintió esa mirada penetrante sobre ella, no le querían dar de comer, supuso, con el estómago adolorido negó con suavidad—. No se preocupe, si es un problema creo que me las puedo arreglar hasta mañana. —Camilo sintió un aguijonazo en el pecho y reaccionó de inmediato, ya habría tiempo de investigar a fondo lo que en realidad estaba ocurriendo.

—Por supuesto que no, señorita, discúlpeme, sígame. Espero que un emparedado esté bien —se encontró disculpándose. Glía sonrió aliviada, ese gesto lo derritió, ahora comprendía muy bien el tormento en el que Antonio llevaba viviendo los últimos meses, esa joven era desconcertante.

—Gracias... Solo dígame dónde está todo, yo lo haré —an-
duvo tras él avergonzada.

—No soy el mejor cocinero, pero creo que un sándwich no me dejará en mal con usted —refutó con cortesía. Glía ríe por primera vez en días. Ese hombre le caía bien, por lo menos parecía tratarla con consideración.

—Gracias, estoy segura de que no será así —aceptó. Camilo le indicó un asiento en el comedor mientras él se dirigía a la cocina, pero Glía no se sintió cómoda ahí, prefirió sentarse en uno de los banquillos de la barra de la cocina. El jefe de seguridad la observó de nuevo confundido—. Prefiero aquí —murmuró ruborizada. Él asintió mientras comenzaba a sacar lo que necesitaba de aquel cromado frigorífico. Contempló su alrededor de nuevo, comprendiendo por qué Antonio creía que ella lo buscaba por dinero, ¿pero cómo iba a saber que era un tipo con ese nivel de vida?, para ella fue evidente que tenía una vida resuelta, pero no a tal grado.

—¿Quiere cebolla? —le preguntó sacándola de sus pensamientos. Giró distraída, pero él parecía que no le había quitado los ojos de encima, estaba desconcertado. Seguramente no comprendía qué hacía ahí y por qué lo dejaron cuidando a una chica como ella y además embarazada.

—No, así está bien... Gracias —agradeció nuevamente ruborizada.

—¿Quiere algo de tomar? —Se encontró preguntándole. Glía asintió con ojos chispeantes.

—Pero yo me lo sirvo, solo dígame dónde. —Se puso de pie al tiempo que él giraba con un recipiente de vidrio en la mano. El bote cayó al suelo rompiéndose en varios pedazos. Glía se hizo para atrás notando como algo se le encajaba en el pie. Cerró los ojos sintiendo el dolor en el talón y gimiendo quedamente.

—¡Señorita! —exclamó agobiado. Glía abrió los párpados adolorida. Camilo notó de inmediato la sangre en el piso. La

tomó en brazos y la sentó sin dificultad sobre la repisa de granito. No hubo escándalo, gritos, reclamos. Raro, muy raro.

—Lo—lo siento —habló ella avergonzada mientras él tomaba su pie y lo examinaba—. No es necesario, yo puedo... —Camilo negó serio, soltándola. Por Dios, fue un imbécil y esa joven se disculpaba, qué clase de ninfa encantada era.

—De verdad discúlpeme, no la vi, ahorita mismo la curaré.

—No se preocupe, no debí estar descalza —lo excusó intentando tomar su extremidad entre las manos pero la punzaba en la cabeza, aunado al abultado vientre, se lo impidieron.

—De ninguna manera, no quiera menguar mi negligencia —rogó culpable. Qué descuidado fue. Imperdonable y más en su estado, pero ella parecía relajada y más bien avergonzada—. No se mueva de ahí, ya regreso —le pidió nervioso. Glía aceptó consiente que aunque quisiera no podría bajar, primero por la altura y luego por las esquirlas en el piso de mármol.

El hombre la atendió con paciencia y esmero, no fue nada grave. Limpió todo mientras ella ingería el sándwich como si fuera un delicioso manjar.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Glía de repente. Él la miró dejando de trapear.

—Camilo —expresó serio.

—Camilo, usted me ha preparado el mejor emparedado que he probado en mi vida, muchas gracias —dijo sonriente. El hombre no pudo evitar avergonzarse, esa joven tenía una frescura y una manera de mirar que dejaba mudo a cualquiera.

—Me parece que exagera, pero me alegra que le haya gustado, ¿desea algo más? —Ella negó con su atención en el piso, tenía mucho sueño. El escolta se dio cuenta de que no la había bajado, suspiró enojado consigo con tanta imprudencia hacia esa joven. La tomó en brazos sin avisarle y la depositó en el comedor por miedo a que otra esquirla la lastimara.

—Muchas gracias, Camilo, por todo —agradeció Glía caminando lentamente rumbo al lugar en que esa noche dormiría. En cuanto entró, se lavó el rostro, los dientes, se cambió y se metió a la cama a punto de desfallecer.

Camilo permaneció sentado en la sala muchas horas después de aquel encuentro. Algo no cuadraba y una horrible idea comenzaba a crecer en su cabeza.

Antonio no durmió, llegó casi al amanecer después de haber asistido a un par de eventos a los que no tenía la menor intención de ir, pero que con todo lo ocurrido y con ella bajo su mismo techo, decidió asistir. Sin embargo, fue una pesadilla; conversaciones superfluas, mujeres colgadas de su brazo esperando que les propusiera una noche casual, hombres en busca de su asesoría o dinero, en fin... todo aquello que no le agradaba de su mundo y que no logró quitar de su mente esos labios carnosos y esa mirada de desconcierto.

Por la mañana Glía no se sentía mejor, el dolor en la sien no la dejaba y unas náuseas espantosas la despertaron por lo que acabó aferrada al inodoro. Se duchó después, se puso la muda que había traído, nada mejor que lo del día anterior y esperó sentada en la orilla de la cama que ya había tendido y que no logró dejar igual.

La puerta se abrió sin aviso unos minutos después. Antonio observó la habitación arrugando la frente y enseguida reparó en ella, tímidamente sentada en la esquina del colchón con sus enormes ojos verdes bien abiertos y su rostro más pálido que el día anterior.

—Buenos días —saludó serio y estudiándola. Ella lo miró temerosa y se puso de pie.

—Buenos días.

—Tenemos que irnos —anunció abriendo más la puerta para que saliera de la habitación. Como un ratoncillo lo hizo de inmediato. Al llegar a la estancia se detuvo sin saber qué debía hacer. De repente Camilo la observó y se acercó relajado, ella sonrió al verlo. Antonio los estudió sin comprender.

—Su pie. ¿Está mejor? —quiso saber con elocuencia. Glía asintió avergonzada.

—Sí, no se preocupe —murmuró en respuesta. El escolta le tendió una bolsa de plástico transparente importándole poco la mirada de confusión de Antonio y Víctor.

—Es un emparedado, para que lo coma en el camino —explicó con simpleza. Antonio recordó de pronto que ni siquiera le ofreció algo de cenar el día anterior. Glía lo tomó agradecida.

—Ayer... Lo siento, no pensé en que tendrías hambre —se escuchó decir torpemente. En cuanto se dirigió a ella la sonrisa se esfumó y sus ojos se oscurecieron.

—El señor Camilo me dio algo —reviró con tono ausente. Antonio pestañeó sin comprender por qué le dolió tanto su actitud con él.

—Me alegre, ahora debemos irnos, se nos hace tarde —dijo bajando la mirada hasta su pie, llevaba unas sandalias viejas y notó un vendaje. La detuvo por el brazo—. ¿Qué pasó en tu pie? —indagó serio.

—Hubo un accidente y el señor Camilo me atendió —respondió zafándose de su tacto y avanzando. Antonio frunció el ceño.

—Se rompió un recipiente de vidrio y lo pisó, la curé —informó su escolta al notarlo turbado. Su jefe asintió con esa extraña sensación en el pecho.

—Trae lo que usaste para curarla, no se puede ir así —ordenó y sin preguntarle la tomó en brazos y la colocó en un sillón. La joven respingó al sentirse en el aire al tiempo que se sujetaba

a su camisa, asustada, buscó sus ojos intentando entender—. Si se infecta será un problema con el que no pienso cargar —argumentó hiriéndola de nuevo. Sentada sobre la mullida superficie, agotada aún, observó cómo se colocaba en cuclillas, recibía lo que su empleado le daba y le retiraba el calzado. Se sentía hervir de vergüenza por lo que giró la cabeza, contrariada. No le dolía en realidad, pero tampoco sabía qué tan profunda era, no alcanzaba a verla.

Antonio notó que no era nada de cuidado, aun así, desinfectó la larga herida para limpiarla y le colocó un parche nuevo. Glía no se quejó, ni siquiera lo miraba, pero notó que aunque estaba siendo cuidadoso le había ardido cuando la curó. Apretó los puños irritado, contrariado. No le agradaba en lo absoluto saberla herida.

—Vamos, se nos hace tarde.

Llegaron justo a la hora. El médico ya los esperaba. Glía entró sintiéndose fuera de lugar en aquel consultorio tan moderno. Se sentaron uno a lado del otro. En todo el camino ella no le había dedicado siquiera una mirada y menos la palabra, lo cierto era que prefería eso. Le tomaron muestras de sangre en cuanto entró y la presión.

Glía no se sentía cómoda ni en ese sitio, ni con Antonio al lado, pero él parecía no tener la menor intención de irse. El doctor le hizo las preguntas de rutina. Antonio descubrió que el último periodo de ella fue durante aquel mes que estuvieron juntos. Escuchó atento y en silencio mientras se desarrollaba la entrevista y Glía respondía puntual a las preguntas mientras el doctor anotaba todo.

—¿Algún malestar? —Ella dudó retorciéndose los dedos. Antonio la observó con los brazos cruzados.

—Bueno, solo... dolor de cabeza... y —lo miró de reojo completamente incómoda—, náuseas ayer, y hoy por la mañana

devolví el estómago —murmuró. El ginecólogo asintió serio notando que la chica estaba un tanto nerviosa por el hombre que la acompañaba.

—¿Algo más? ¿Dolor abdominal, manos hinchadas? —continuó. Ella negó segura—. Acompañe a la enfermera, le tomará la presión, la pesará y en un momento la veo para hacerle una ecografía —informó. Glía se levantó al tiempo que una joven sonriente se acercaba y ambas salían del consultorio.

—Doctor, quisiera que se le practicara una prueba de ADN. ¿Cuál es el procedimiento? —habló el acompañante de esa dulce joven. El médico suspiró serio.

—Señor Arantes, primero debo de revisarla, pero le adelanto que su peso, su palidez y ese dolor de cabeza no son buenos, así que déjeme examinarla y lo comentamos cuando concluya —propuso. Antonio olvidó la prueba al escuchar lo que le decía.

—¿A qué se puede deber?

—Son síntomas de preeclampsia —soltó sin rodeos. Antonio sabía muy bien lo que era eso, Lidia fue saludable, pero ambos se informaron sobre los riesgos y complicaciones del embarazo—. No se alarme, como le digo voy a revisarla y hablaremos. Cuando esté lista para la ecografía, ¿desea que lo llame? —preguntó. Este asintió desconcertado mientras el médico lo dejaba solo.

Se perdió en sus pensamientos durante aquellos minutos buscando tranquilizarse. Ella estaría bien y no habría complicaciones, por mucho que no fuera la mujer que él idealizó, tampoco la quería enferma, herida, o en peligro, la sola idea lo enfermaba, en el departamento lo comprobó al curarla. No, iba a estar bien. La prueba de ADN pasó a ser lo último de sus preocupaciones, Glía, su salud lo opacaba todo.

—Puede pasar —escuchó una voz tras él. Dudó por unos segundos, si no era su hijo, ¿qué sentido tenía verlo?, pero y

si lo era, era su primer ecografía, la primera vez que lo vería, recordaba esa maravillosa sensación.

Sacudió la cabeza y siguió a la enfermera. Glía estaba tumbada estudiando intrigada la pantalla que se encontraba casi frente a ella. Parecía decepcionada, el médico intentaba explicarle el acomodo del bebé y era evidente que no lograba verlo. Recordaba que lo mismo le sucedió a él en varias ecografías con Romano. No pudo evitar sonreír ante el cuadro tan familiar.

Su pequeña barriga estaba descubierta, su piel parecía crema blanca y suave. Se acercó sigilosamente. El médico levantó la vista dándole la bienvenida. Glía siguió sus ojos, en cuanto se posó en él comenzó a parpadear evidentemente nerviosa. Antonio se puso a su lado y observó el gran monitor.

—Le decía a la joven que estas son las manitas y esta la columna vertebral —explicó. Antonio asintió sereno, Glía lo había dejado de ver y continuaba arrugando la frente frustrada. El gesto se le antojó hermoso, dulce. No pudo evitar colocar una mano sobre su hombro.

—No te preocupes, Glía, para entender esas imágenes existe toda una carrera, es normal no comprenderlas —surró con suavidad. Ella sonrió tímidamente sintiéndose solo un poco mejor.

—¿Todo está bien? —preguntó la futura madre de pronto—. ¿El bebé está bien? —Su tonó denotaba su preocupación. Era consciente de su mala alimentación, de que el embarazo no se había desarrollado en las mejores condiciones y de que al pesarse en la báscula aumentó dos kilos a lo largo de la gestación, no se sentía muy bien y forzó mucho a su cuerpo.

—Sí, todo está en orden, tiene las medidas correctas, la placenta esta perfecta y sana y su tiempo de embarazo corresponde con el tamaño del bebé... —El doctor seguía moviendo aquel aparato sobre su vientre con mucha destreza. Era la primera

vez que lo veía y se sentía muy decepcionada por no entender las imágenes que se proyectaban. Antonio sin saber por qué, se sintió orgulloso, emocionado de poder ver a ese pequeño ser.

—¿Quiere escuchar su corazón? —Ella asintió de inmediato. Cuando el sonido inundó la habitación no pudo evitar que la vista se le nublara, su bebé, su hijo. Antonio le dio un beso en la frente presa de un impulso. Se veía tan feliz, tan emocionada—. ¿Desean saber que sexo tiene?

—Sí —dijo ella, al mismo tiempo que Antonio decía que “no”. Glía lo ignoró y volvió a decir que sí. El médico miró a Antonio esperando su reacción, este asintió con la mirada, turbado. No quería saber más de aquel niño de lo necesario, si no era suyo no quería estar familiarizado, encariñado.

—Es niña —anunció. Glía se llevó ambas manos a la boca claramente contenta, aunque parecía que el sexo que le hubiesen dicho habría causado la misma reacción. Antonio la observó, no parecía culpable, arrepentida. Salió de la pequeña habitación que lo ahogaba. Una niña, si era suya, sería una niña. Se pasó las manos por el rostro desesperado—. Señor Arantes, la joven no tarda, tome asiento —pidió el ginecólogo. Antonio arrugó la frente, intuía que no tendría muy buenas noticias. Glía entró unos momentos después con ojos llorosos.

—El bebé está bien, ustedes lo acaban de ver... —empezó.

—¿Entonces? —preguntó Antonio con urgencia. Glía parecía muy ansiosa.

—Bueno, señorita Rivas, usted está... desgastada... por decirlo de alguna forma. Su peso me preocupa, si bien ya no es adecuado subir mucho en el embarazo, usted está por debajo de lo que debería, por otro lado trae la presión bastante alta y sus extremidades un poco hinchadas.

—Paso mucho tiempo de pie —logró decir. Antonio la evaluó recordando que trabajaba de sol a sol, otro agujonazo.

—Podría ser esa la causa, pero quiero descartar preeclampsia, al parecer no la ha desarrollado, pero si no se cuida es muy probable que suceda.

—Pero eso es muy peligroso —expresó asustada.

—Si no es detectada a tiempo, si no se hace nada; sí, es muy peligrosa. Así que seguirá mis instrucciones al pie de la letra, ¿de acuerdo? —La pelirroja asintió consciente de que sería capaz de cualquier cosa por su bebé. Por su hija—. Por otro lado, la prueba de ADN no es lo mejor en estos momentos. Es un procedimiento muy intrusivo, valoren si pueden esperar los cuatro meses que faltan, yo no lo recomiendo, menos aún con su situación —explicó. Antonio asintió mientras Glía lo miraba seria.

—¿Puede viajar? —preguntó él de repente. Glía intuyó que la regresaría al albergue.

—Depende, ¿a dónde?

—A Brasil, a Río. —Un gemido de asombro salió de la garganta de la chica. ¿Brasil?, lo había escuchado hablar portugués desde el día anterior con más frecuencia que el español y los otros idiomas. Antonio no era de México comprendió de pronto. Sintió que no sabía nada de él, lo observó confusa.

—No, por ahora no, es un viaje de varias horas, aun con comodidades, me gustaría que esperáramos un par de semanas, un mes sería lo ideal, si todo se estabiliza no tendrá problemas.

—De acuerdo.

6

Una vez en el auto, ella lo miró interrogante.

—¿Eres de Brasil? —lo acusó con ojos chispeantes. Él sonrió, cínico.

—Por Dios, Glía, no te hagas la inocente, sabes muy bien quién soy y de dónde soy, no finjas más por favor.

—¡Jamás me lo dijiste! Yo pensé que vivías aquí —repuso desconcertada. Antonio colocó un par de dedos en el puente de la nariz claramente agotado.

—Eres asombrosa, incluso allá adentro lograste hacerme sentir conmovido...

—¡¿De qué hablas?! Yo no te pedí nada, yo no te busqué, yo no te quiero a mi lado —le gritó desesperada. Un atisbo de duda cruzó la mirada de Antonio, para enseguida volverse de nuevo dura y arrogante.

—Pero no tardabas en hacerlo, después de todo tu novio se mantenía cercano para saber de ti, ¿no? —reviró indolente. Glía palideció. Gregorio. Maldición. Recargó la cabeza en el asiento sintiendo de nuevo la punzada. Antonio estuvo a punto de preguntarle si se sentía mal, pero decidió perderse por la ven-

tana, no caería en su juego—. ¿No vas a decir nada?, te duele saber que te alejarás de él —la provocó molesto, celoso.

—Esta bebé es tuya —admitió ya sin verlo, sin tener energía para erguirse. Él la encaró.

—No tengo por qué creerte, pero no te preocupes, no pienso regresarte a ese lugar mientras exista una posibilidad de que sea mía. Así que harás lo que el doctor indica y en cuanto estés mejor nos vamos a Brasil.

—No quiero ir a Brasil —declaró débil aún pensando en lo que le acababa de decir sobre aquel hombre que tanto odiaba.

—Irás, no tienes opciones... Si es mi hija nacerá donde le corresponde, en mi país.

—Te odio, te juro que te odio —lo dijo con tanta calma, con tanto dolor, que sintió como el sentimiento recorría su pecho, congelándolo.

—*Feiticeira* mentirosa —musitó irritado. Glía no comprendió lo primero, pero no se humillaría más, sentía las lágrimas escocer. Sin embargo, no lloraría, aún le quedaba un tiempo ahí, en México, además qué más daba dónde naciera, era su padre, tendría que cuidarla, que protegerla y aunque sentía desprecio por él, prefería estar a su lado protegida, que a expensas de Gregorio. Sin saberlo Antonio había llegado a ese lugar justo a tiempo.

Se detuvieron en un sitio pequeño y pintoresco.

—Vamos a que desayunes —le ordenó aún dolido por sus palabras.

—Prefiero no comer que hacerlo a tu lado —escupió sin moverse. Antonio apretó los dientes.

—Escuchaste al médico, tienes que cuidarte... así que bájate o te bajo —amenazó. Ella lo miró, sabía que lo haría. Descendió despacio pasando dignamente a su lado con los ojos llameantes.

Se sentaron sin que nadie reparase en ellos. Un mesero muy joven se acercó para tomarles la orden, pero ella no parecía tener la mínima intención de leer la carta. Antonio pidió por los dos.

—No te hagas la digna, no te queda el papel. —Se veía espectacular así de enojada, a pesar de estar vestida con esos harapos y no traer ni una pizca de maquillaje.

—Te vas a arrepentir de todo esto, Antonio —aseguró contemplando el exterior. Algo en su actitud lo hizo dudar de nuevo. Maldición. Esa mujer le tenía bien tomada la medida y los aguijonazos ya comenzaban a ser parte de su corazón, el coraje lo sometió.

—Ah, sí, y se puede saber ¿por qué? Me usaste, te di lo que querías, no pretenderás que un hijo mío crezca en el círculo en el que tú te mueves. Nadie puede juzgarme de mal padre y un desalmado... podría dejarte a la deriva y lo sabes.

—No me has dado ni una sola oportunidad de defenderme, ni siquiera sé de qué me acusas —contestó con la misma actitud, enojada, desconfiada. La comida llegó en ese momento. Glía la miró.

—Te advierto que no soy tu nana, en media hora nos vamos de aquí y si no comes será tu responsabilidad. —No le gustaba nada la conversación ni la forma en la que lo cuestionaba. Unos segundos después comenzó a picar los huevos y tomar sorbos de su jugo perdida en sus pensamientos. Cuando terminaron ella regresó a su postura.

—Es increíble que pretendas que te crea, fui un idiota, lo admito, me dejé llevar... Pero me engañaste tan bien, créeme, eres buena en esto, no tendrás problemas para sobrevivir —la atacó. La joven se levantó furiosa importándole poco dónde se encontraban.

—No te lo volveré a repetir; no te usé, no sé de qué hablas... pero no me importa lo que creas, después de todo tú tampoco

eres lo que yo esperaba —y salió deprisa. La alcanzó, rabioso. La tomó por el brazo y la hizo girar dispuesto a decirle dos o tres verdades, ella fue más rápida—. Y de lo único que me arrepiento es de haber pensado que lo eras, que valías la pena. No eres mejor que el hombre que según tú es mi novio —rugió. Antonio la soltó desconcertado. Glía subió al auto sin esperar siquiera que le abrieran la puerta.

El trayecto estuvo cargado de un tenso silencio. Antonio quería zangolotearla, rogarle que admitiera su error, que fuera sincera, de esa forma la podría ver con más respeto, incluso podría proponerle una vida serena, tranquila. Pero hervía de coraje antes su fingida indignación, ante su mirada rabiosa, desconfiada. Ella era la que hizo mal, no él, y no comprendía por qué sentía todo el tiempo que era al revés.

Al bajar del auto Glía no se esperó y salió rápidamente. Un mareo la detuvo y la punzada en la cabeza aumentó, gimió. El médico le había prescrito reposo y tranquilidad, no tenía ni idea de lo que le pedía, con él alrededor no podría tener la segunda por mucho que lo intentase. Antonio se dio cuenta justo a tiempo y la sujetó por el brazo, pero ella se zafó de un movimiento.

—No vuelvas a tocarme, ¿entiendes? No finjas que te importa. —Dio un paso más y de nuevo. Antonio la sujetó por la cintura antes de que cayera de lleno en el pavimento. Glía volvió a apartarse, rabiosa. Los dos hombres que los custodiaban se mantenían alejados, sin embargo, alcanzaban a escuchar muy bien lo que ocurría, aunque sus rostros demostraban lo contrario. Camilo estudió la situación con ojo calculador; esa chica parecía no tolerar a Antonio y a la vez sentirse atraída por él, lo mismo sucedía de forma inversa.

—Eres una terca —rugió al verla así de débil.

—Y tú un arrogante que no volverá a ponerme una mano encima —aseguró y anduvo concentrándose en no caer. Antonio la observó inhalando todo el aire que pudo. Esa mujer lo desquiciaba. No estaba acostumbrado a ese tipo de confrontaciones. La mayoría de las veces el contacto con otras personas del sexo opuesto ni siquiera lo propiciaba él, a donde iba lo servían solícitos y por supuesto nadie, jamás, se atrevía a agredirlo, a contradecirlo y esa hechicera de cabellos rojos lo tenía al límite de su entendimiento.

¡Carajo! Se estaba tomando demasiado a pecho su papel de mujer digna e insultada. Saberla capaz de tanta premeditación lo hizo enfurecer aún más. No estaba equivocado, incluso había fotos de ella con otros hombres e involucrada en un par de asaltos y venta de droga... ¿Por qué se comportaba como si fuera una inocente y blanca paloma?

Decidió no entrar al apartamento. Tenía cosas que hacer y no estaba de humor para otro enfrentamiento.

—Camilo, quédate con ella, que no hable con nadie y por supuesto no debe salir. Víctor, encárgate de comprar ropa de maternidad y todo lo que la señorita necesite. Hoy mismo lo quiero en su habitación —ordenó. El hombre asintió mientras Camilo cerraba las puertas del elevador con una Glía muy pálida en su interior. Apretó los puños, tenso. Tenía muchas cosas que hacer, lo mejor era ocuparse.

Un día largo y agotador. Reuniones con directivos, gerente, inversionistas, comida con el presidente de uno de los bancos más reconocidos que buscaba una fuerte inyección de fondos, una cena con el director de la empresa de *software* de seguridad que marchaba magníficamente. Pero en ningún momento pudo apartar esos ojos de su cabeza. Habló con Camilo un par

de veces. Ella comió y durmió casi toda la mañana y la tarde. Debía estar agotada, aceptó perdido en el tránsito de la ciudad.

Recordó aquella tarde que tuvo libre en la cafetería. Fueron al cine como cualquier pareja. Ese simple hecho se le antojó perfecto. Hacía muchos años que no iba. Glía eligió una cinta de superhéroes. Las dos horas no parpadeó siquiera, de vez en vez giraba hacia él sonriente explicándole algo que pensaba necesitaba saber.

Lo cierto es que la película no podía categorizarla en buena o mala, no le prestó la suficiente atención. Los gestos de ella ocupaban toda su mente. Se mordía las uñas cuando parecía que algo no iba bien o reía con ligereza cuando algo la divertía. Estaba completamente absorta en el filme, y él en ella. Cuando notó que no dejaba de estudiarla, se avergonzó recargándose por completo en el asiento sonriéndole tímidamente. Él no pudo evitarlo y la besó delicadamente. Ella respondió como siempre dulce y ansiosa. Le encantaban sus labios, su abandono, su sabor. Cuando el encuentro terminó Glía recargó su cabeza sobre su hombro volviendo a poner atención a la película.

Aún en ese momento, después de tantos meses, podía sentir sus rizos sobre su mejilla y su respiración algo agitada. Cuando salieron ella no paraba de parlotear sobre la historia de cada uno de los personajes de la cinta. Sonrió al recordar los nombres de cada uno y una parte de sus vidas. Lo contaba tan entusiasmada que no pudo evitar escucharla en aquel pequeño bar no muy lejos del cine.

Los días con ella fueron mágicos, reveladores y muy intensos. Fue él, en más de un sentido. Se dejó llevar por primera vez, en muchísimos años, sin dificultad. Fue un imbécil, un absoluto y verdadero imbécil, lo peor era que ella seguía provocando en él todas esas sensaciones, todas esas emociones y aun embarazada, sentía un deseo abrazador, fulminante e indescriptible.

Hubiera sido tan fácil, tan sencillo ir más allá con ella. Ahora sabía que si hubieran pasado más tiempo juntos habría hecho hasta lo imposible para atarla a su vida de una forma contundente. Lo irónico era que ahora, si la bebé era suya, los ligaría de una u otra forma para siempre.

Llegó al apartamento a media noche. Se dirigió a su habitación dispuesto a descansar, pero no pudo evitar detenerse en su puerta. La abrió despacio, sin hacer ruido. Sintió una opresión dolorosa en el corazón. Glía estaba profundamente dormida, serena, tranquila. Tenía una de las lamparillas encendidas por lo que nada evitaba que la pudiera ver sin problema. Su cabello estaba suelto desbordado en las blancas almohadas, llevaba puesta una blusa de tirantes que bien podía ser también un camisón. Su boca entreabierta y sus párpados coronados por esas espesas pestañas. Una mano descansaba laxa junto a su mejilla. Parecía tan inocente, tan ajena a todo. La observó por varios minutos sintiendo como se endurecía de solo recordar lo que era su piel bajo su tacto.

Parecía una ninfa, un ser irreal.

Cerró sabiendo que si continuaba ahí haría una locura. Después de una larga ducha y mucho cavilar, por fin cayó rendido.

—Nuestro itinerario continúa igual —avisó a Víctor sorbiendo de su café en el comedor del apartamento. Eran las ocho de la mañana, tenía su primer compromiso a las nueve.

—¿Qué hará con la... señorita? —preguntó su mano derecha mientras tomaba de su jugo y revisaba la *tablet*. Camilo también estaba ahí, solo los escoltas permanecían debajo de la gran torre. Era raro ver a Antonio sin su asistente o jefe de seguridad, ambos eran sus empleados más allegados y el segundo, alguien que había conocido a su padre muy bien y que fue también su empleado de mayor confianza. Por lo mismo Antonio

lo promovió, además de por su destreza, visión, tenacidad y un agudo sexto sentido.

Solían tener reuniones por las mañanas cuando estaba afuera de Río, planeaban el día para que todo estuviera perfectamente cubierto.

Camilo esperó la respuesta de Antonio en silencio. El día anterior permaneció con ella todo el tiempo. Ni siquiera la sintió. Después de que llegaran al *penthouse* y la joven hubiese estado a punto de caer, él la llevó en brazos notando que derramaba lágrimas en silencio. Ese gesto le generó en el pecho una punzada de culpa. La dejó en su habitación para que se desahogara. Antonio era duro con ella, sin embargo, no comprendía por qué se lo tomaba tan apecho, ¿qué acaso esperaba otra reacción en él? Eso lo desconcertaba, eso, y otros detalles que no coincidían, pero que hasta que no tuviera certezas y toda la información, no haría ni diría nada, esa mujer por ahora era peligrosa. La seguridad de Antonio era lo más importante, no lo expondría por mucho que esa joven lo tuviera tan confundido.

—Se quedará aquí, no está lista para viajar. Espero que en unas semanas pueda llevarla a Río. —Ambos asintieron.

—Camilo, ¿qué sugieres que hagamos?, evidentemente no la podemos dejar sola, no confió en ella y además necesita atenciones —preguntó Antonio al hombre que notaba desde hacía un par de días algo ausente.

—Creo que lo mejor es que sea yo quien me quede, la he estado observando y es cautivadora, le pediremos a la mujer de servicio que venga a diario. No quiero problemas y aunque confió ciegamente en mi equipo, prefiero ser personalmente quien esté aquí. Danilo está preparado para tomar decisiones y liderar a los demás. —Su jefe asintió estando de acuerdo, ese hombre tenía experiencia, si él creía que era lo mejor, entonces así era, aunque esta vez sospechaba que se encerraba otro mo-

tivo, además de los que acababa de decir. Prefirió no agregar nada, su vida personal no le atañía, solo su seguridad y hasta ese momento siempre fue certero y sagaz—. De todos modos estaré en contacto a diario con él.

—De acuerdo, entonces dejo este problema en tus manos. —Se frotó el rostro mostrando ansiedad ante la situación. Ambos empleados lo observaron comprendiendo que eso estaba resultando complicado. Difícilmente algo perturbaba a ese hombre, siempre parecía impasible, sereno y pétreo. Pero todo había cambiado hacía meses, aun así, ahora se le veía más tenso, más inquieto.

Glía no salió hasta que escuchó que todos se fueron. Se duchó y tendió la cama. Tomó un pantalón de tela gruesa y un suéter de las bolsas que aún estaban en uno de los costados de la habitación, ni siquiera las había abierto, odiaba todo lo que proviniera de él, pero ese lugar era muy fresco y diciembre estaba terminando por lo que el frío era un tanto más fuerte. Se dejó el cabello suelto y se calzó unas botas que parecían cómodas y calentitas.

Desayunó lo que la mujer que estaba ahí le sirvió, pero que parecía tener instrucciones de no hablar con ella, pues cualquier cosa que le preguntara buscando relajar el ambiente, recibía de respuesta una monosílabo escueta. Al final se rindió agradeciendo tímidamente la comida y regresó a su habitación. Se sentó en el sillón de nuevo con el llanto contenido.

¿Cómo fue que terminó así? Se preguntó molesta.

Se llevó las manos al vientre intentando tranquilizarse, sabía que toda esa angustia y estrés se lo estaba pasando a ella, pero cómo lo evitaba. Se encontraba encerrada en aquel lugar completamente sola, embarazada de ese hombre que fue su primer amor, su primera ilusión, su bengala en esa espantosa cueva en

la que vivía. Por él sabía lo que era un beso con pasión, con amor, una caricia tierna, las mariposas en el estómago, las hormigas en la piel, el pulso acelerado, la respiración contenida, el corazón martilleando alocado. Con él se dejó llevar, se había dejado fluir como nunca antes, no se limitó y fue ella sin esconder su verdadero carácter que Ana tantas veces le criticó e hizo que todos a su alrededor lo hicieran. Pero también gracias a él conocía la desilusión, el desamor, el dolor de estar enamorada de alguien que te desprecia, que te ve peor que una basura y que en ese momento, además, se había convertido en un lastre, en alguien con quien cargar a pesar de la repulsión que evidentemente le generaba.

No lo podía culpar de todo, estaba su hermana, esos hombres, en especial Gregorio; que parecía su pesadilla personal y al que le debía los peores momentos de su vida.

Su situación era patética, desagradable, pero ahora no estaba sola y por lo menos ahí estaba segura, si se iban a Brasil por fin se vería libre de Gregorio. Quizá, si le dijera toda la verdad a Antonio, si le explicaba lo que sucedía él la comprendería, la protegería.

Parecía tener suficiente dinero como para refundirlo en la cárcel, como para ponerla a ella y a su bebé a salvo. Pero de repente pensó en Margarita, le debía mucho, fue su gran apoyo al igual que Azucena en los últimos dos años, si ese patán, por algo, sabía que ella abrió la boca, les podría hacer daño. Y si daba con ella, su hija también peligraría. Sabía muy bien lo que podía hacer, sus propios padres pagaron por no creerles. Si tan solo Ana diera la cara, si asumiera lo que le correspondía, todo sería diferente, se vería liberada de esa pesadilla en la que ella no tenía nada que ver, en la que su hermana la arrastró de una forma egoísta y cruel, y de la que ya no encontraba cómo salir. Ahora tenía que permanecer ahí si quería que estuvieran a salvo

ella y su bebé. Lloró derrotada en aquel sofá hasta que sin darse cuenta cayó profundamente dormida.

Glía no volvió a ver a Antonio durante dos semanas. Sabía que se marchó, que la había dejado ahí, con Camilo y esa mujer que parecía ni siquiera notarla. Los dolores de cabeza desaparecieron, se sentía mejor, menos hinchada, tranquila. Camilo era amable, respetuoso y a su lado se sentía segura.

Le consiguió, un par de tardes después de aquella última vez que había visto a Antonio, varios libros de temas variados. Ella se lo agradeció dándole, por impulso, un beso en la mejilla, pero que al ver la reacción evidentemente molesta del corpulento hombre, se tuvo que disculpar sin dejar de sonreír. Se fue a su habitación ansiosa por leerlos, por ocupar su tiempo después de horas eternas de aburrimiento.

Camilo tuvo que salir a tomar aire, ese gesto lo tomó por sorpresa. Después de aquel día lo buscaba sin que él pudiera esconderse y le comentaba sobre lo que leía. Un par de ejemplares eran de historia, otros tres hablaban sobre el embarazo y madres primerizas y otros cinco, novelas. Los había mandado a pedir sabiendo que tenía que intentar mantenerla ocupada y así fue, pero con lo que no contó era que la joven se acercaría a él sin temor, con candidez e intentara entablar conversación.

Sin que lo notara habló con ella más de lo que había hecho con sus propios hijos que debían tener casi su edad y que no veía muy a menudo. Glía era perspicaz, atenta y con una retención asombrosa. Cuando se dio cuenta de que el tema que a él más le gustaba era la historia, las grandes batallas, enseguida lo llenó de preguntas de las cuales escuchaba las respuestas genuinamente interesada. Sin embargo, era consciente de que tampoco confiaba en ella. La estudiaba todo el tiempo, evaluaba sus reacciones, sus palabras, incluso a veces notaba que le huía,

que la evitaba, pero se sentía muy sola, aislada y ese hombre era la única persona con la que podía conversar, así que aunque las pláticas duraban algunos minutos, las propiciaba ansiosa.

Pensaba en Antonio a diario, lo evocaba con rencor, con decepción, con dolor y también con amor, no podía evitarlo. Los momentos a su lado fueron mágicos, irreales, asombrosos.

Comiendo sola, como solía, recordó el día en que pasó por ella un domingo muy temprano. Se vieron hasta tarde la noche anterior, asistieron a una pequeña obra callejera que alguien del café le recomendó. Se rieron tanto que ese día por la mañana aún le dolía los músculos del abdomen. Tocó a su puerta a las ocho, Glía al verlo se puso escarlata, no habían quedado en nada. Él iba vestido con *jeans* y una camiseta roja que contrastaba espectacularmente con su piel morena bronceada. Parecía más joven, más accesible. Al verla sonrió con ternura mientras ella intentaba alisarse el cabello.

—Lamento hacerte madrugar en tu día de descanso, pero... me gustaría que me acompañaras a un lugar.

—No me he duchado —logró decir avergonzada, pero a él parecía no importarle su imagen, al contrario, su mirada era de absoluta aprobación.

—Lo sé, ¿te parece si paso por ti en media hora? No desayunes, yo me haré cargo —le dijo guiñándole un ojo. ¿Cómo podría decirle que no?

La llevó al Ajusco, almorzaron quesadillas recién hechas en aquellos puestos que estaban a las orillas de la carretera. Después caminaron por ahí mientras él le hablaba sobre su esposa fallecida y la culpa que cargaba. Glía sintió su dolor y lo único que atinó a hacer fue besarlo tiernamente. Sabía muy bien que no existían palabras que logran hacer sentir mejor ante esas pérdidas.

Más tarde subieron a una avioneta que él mismo piloteó y que ahora sospechaba que no tuvo problemas para alquilar, como supuso aquel día. Ella subió dudosa, pero una vez arriba rio y gritó excitada. Por la tarde organizaron un pequeño picnic cerca de varias familias, él incluso jugó fútbol con algunos jóvenes que estaban por ahí. Glía lo observó dándole ánimos, encantada. Cada vez que metían gol se acercaba a ella y le daba un dulce beso mientras la gente que ahí se encontraba chifflaba o aplaudía.

Esa tarde parecía tan lejana, tan irreal. Hizo tantas cosas en tan poco tiempo, las noches eran tan cortas a su lado, la sorprendía casi todo el tiempo, llegando por ella a un trabajo para llevarla al otro, apareciendo de sorpresa en la cafetería y esperando a que saliera mientras la observaba trabajar. Visitó lugares a los que no solía ir, su vida siempre era tan aburrida, tan solitaria, tan... complicada, que no recordaba haberse divertido tanto en toda su juventud. Pero había sido felicidad efímera, fugaz.